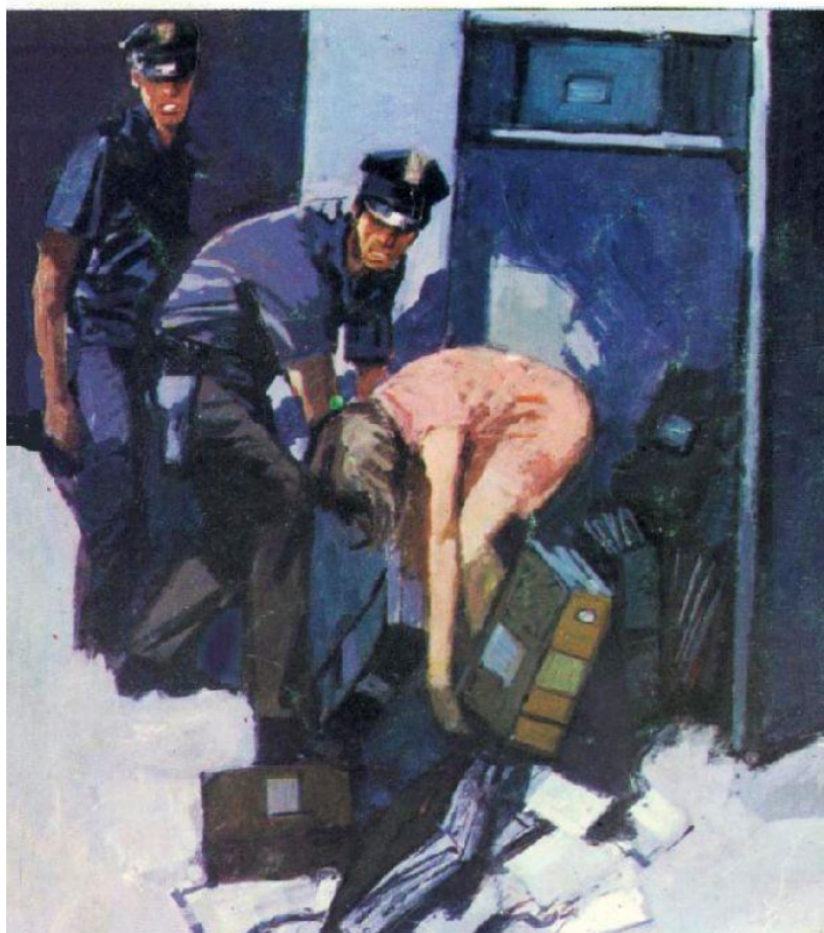


BOZ SILVEROS BOLIGUERA

PUNTO
ROJO

**¡SUERTE Y AUDACIA,
MUCHACHO!**

Kelltom McIntire



COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



eb

KELLTOM McINTIRE

**¡SUERTE Y AUDACIA,
MUCHACHO!**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 811
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 35.148 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: noviembre, 1977

© Kelltom McIntire - 1977

texto

© Desilo - 1977

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1977

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BRAVO OESTE:

483 — La pista de los cien mil.

En Colección PUNTO ROJO:

807 — Operación «Gold».

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.408 — Los señores de la muerte.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

988 — Pasaporte al Más Allá.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

170 — Trampa en Apache Creek.

En Colección COLORADO:

949 — Whisky caliente.

En Colección KANSAS:

867 — El largo camino hasta Albuquerque.

CAPÍTULO PRIMERO

No puedo negar, aquí, que yo fui el responsable de que Glen Palmer fuera a parar a la cárcel.

Y lo peor de todo es que Palmer y yo éramos amigos.

Pero aún había más: Glen Palmer me había prestado, sin condiciones, los cinco mil dólares que fueron la base de mi prosperidad profesional.

Si a ello añadimos que Glen había expuesto su vida para salvar la mía en la jungla vietnamita, cualquiera podría juzgarme como a un monstruo de egoísmo, como a un ser perverso y aborrecible.

A finales de 1975, Glen Palmer fue condenado, por un tribunal federal, a doce años de prisión.

Pero comencemos por el principio.

En 1973, Glen Palmer dirigía ya un importante negocio de publicaciones periódicas. Había conseguido hacerse, en poco tiempo, con una editorial, prestigio y... dinero.

Por las mismas fechas, yo, Chad Martin, no era más que el exsargento de *marines*, recién licenciado en Vietnam.

Tenía, sí, mi título de abogado, una licenciatura en psicología, por la Universidad de Berkeley, y unas tremendas ansias por abrirme paso en la vida.

Yo era un muchacho, joven —veintiocho años—, moreno y bronceado, musculoso y audaz, pero nada más.

No disponía de dinero, desalojamiento, ni siquiera tenía coche.

Durante la semana escasa que duraron mis pocos dólares, leí cientos de miles de anuncios por palabras, y deambulé horas y horas de una agencia de colocación a otra.

No encontré nada, ningún empleo, ni el más modesto trabajo, relacionado con mis facultades.

Las empresas tienen una manía enfermiza por solicitar siempre, aparte de excelentes informes, una experiencia de varios años en la

profesión a las personas que piden un empleo.

Pero ¿cómo podía tener yo aquella experiencia que exigían si aún no había comenzado a trabajar?

Había terminado mi licenciatura en psicología a los veinticuatro años.

En aquel momento, mi sangre loca y ardiente me impulsó a alistarme en los *marines*... Cuatro años combatiendo en Vietnam me habían dado aplomo, dureza y un cierto hastío, pero ahora estaba dispuesto a trabajar de firme, a realizarme positivamente como persona.

Desde luego, no me desanimé por los primeros fracasos. Yo tenía que triunfar y triunfaría, pues ya he dicho que tenía ganas de trabajar y era ambicioso.

Por fortuna, en una pequeña fiesta de amigos, reencontré a Julius Carpenter.

Yo había conocido al sargento Carpenter, años atrás, cuando patrullaba las calles de Los Ángeles en un coche de la policía.

Me lo imaginé convertido ya en todo un personaje dentro de la policía, y así se lo dije. Pero Carpenter rió a carcajadas.

—Ni lo pienses. Hace cinco años que pedí la excedencia. Y no me arrepiento. Ahora las cosas van sobre ruedas.

—¿Cómo es ello? —pregunté, sorprendido.

—Conseguí ahorrar unos miles de dólares, aunque con grandes sacrificios, porque mi sueldo no era como para reunir una fortuna. Pedí una licencia para dedicarme a la investigación privada y puse un pequeño despacho. Al cabo de estos cuatro años, mi agencia ocupa toda la planta séptima del edificio McLaren, y doy ocupación a unas quince personas. Reconozco que la suerte me ha favorecido —respondió, sin dejar un solo segundo de masticar su grueso cigarro habano.

En seguida me sentí profundamente interesado por el tema.

Carpenter me dijo que su agencia se dedicaba especialmente a la investigación por cuenta de compañías de seguros, aunque abarcaba también otros diversos aspectos.

Cuando le dije que estaba sin empleo, Julius me ofreció en seguida trabajo..., después de conocer la categoría de mis títulos profesionales.

Acepté.

En principio, mi sueldo era más bien modesto. Pero yo necesitaba subsistir, y esperaba progresar rápidamente.

Quedé deslumbrado por el lujo de las instalaciones de la agencia Carpenter. El negocio era dirigido por Carpenter, que era excesivamente enérgico y autoritario, para mi gusto.

Tardé algo más de un año en comprender que en la agencia de investigaciones Carpenter el único que ganaba dinero era... Carpenter.

A todas mis peticiones de aumento de sueldo, Julius respondía ladinamente haciéndome creer que las cosas no iban tan bien como antes, que la recesión provocada por la crisis petrolífera restaba clientela a la agencia, que...

Soporté un año más trabajando para él, aunque nuestras relaciones no fueran precisamente cordiales.

Y entonces, casualmente, volví a encontrar a Glen Palmer.

Había engordado un poco, pero seguía teniendo el mismo aspecto de hombre decidido a todo, dinámico y audaz.

—Bien, supongo que, a estas alturas, estarás convertido en todo un personaje de Los Ángeles... —insinuó, paternalmente.

Tuve que reconocer amargamente que aún no había conseguido despegarme. Le hablé de mi trabajo con Carpenter, y en seguida pareció muy interesado.

—Yo podría darte un empleo diez veces mejor remunerado —anunció, de sopetón.

Pero yo acariciaba otro proyecto: trabajar directamente por mi cuenta. Y se lo dije a Glen:

—Si dispusiera de cinco mil dólares, podría instalar un despacho y dedicarme por mi cuenta a la investigación privada. Tengo la licencia y suficientes amistades y conocimientos para poder desenvolverme por mí mismo. Nada me gustaría más que enviar a Carpenter a hacer gárgaras. Por desgracia, no cuento con lo principal: el dinero.

—¿Y ésas son todas tus preocupaciones? —sonrió con aire suficiente—. Escucha, Chad, voy a hacer posibles tus sueños. Tendrás los cinco mil dólares —prometió.

Me puse en pie impulsivamente, y apoyé una mano en su hombro.

—Pero no poseo aval para tu préstamo, Glen. No tengo casa, ni

coche. Apenas un centenar de dólares en el Banco...

Palmer se incorporó, y golpeó mi espalda amistosamente.

—¿Un aval... entre amigos? —exclamó, con reproche—. Tú y yo estuvimos muchas veces a punto de morir, allá en la puerca jungla de Vietnam... ¿Cuántas veces me salvaste la vida, cuántas te la salvé yo a ti? ¡Vamos, viejo compañero, deja ya de lado esa timidez y acepta sin escrúpulos la ayuda del astuto Glen Palmer!

Tomamos unas, copas. Glen me invitó a visitar su casa, una suntuosa posesión, en San Fernando Valley.

Deliberadamente, fue mostrándome hasta el último rincón de su lujosísima residencia. Como cualquier ciudadano de Los Ángeles, yo conocía las villas de Beverly Hills, las suntuosas residencias de los astros de la pantalla. Pero Beverly Hills venía a ser algo así como un grupo de chabolas en comparación con la «finquita» de quince hectáreas de mi amigo Palmer.

Tres piscinas —una cubierta, de invierno—, cuadras con una docena de caballos de carreras de gran precio, tres garajes con unos ocho automóviles europeos y americanos, una suntuosa mansión de veintidós *suites*, decoradas con un lujo oriental...

Todo eso y mucho más era la «fachada», que hablaba a grito pelado de la prosperidad material de Glen Palmer.

Yo me sentía deslumbrado, no voy a negarlo.

Hacia las once de la noche, Glen y yo estábamos tomando un *whisky* con hielo en la veranda sur.

Glen sacó una billetera, y puso cinco billetes de mil dólares sobre la mesa de ébano que nos servía para reposar los vasos.

—Suerte; y audacia, muchacho —recomendó Glen, con una sonrisa cordial—. Ésas son las claves del éxito.

—Voy a extenderte un recibo —propuse.

Pero él se echó a reír a carcajadas.

—¿Recibos entre tú y yo? —exclamó, a punto de atragantarse—. No, querido. Un recibo sólo es un papel. Para mí es más importante nuestra amistad.

Le di las gracias, muy emocionado, y le prometí que le devolvería aquella cantidad en cuanto me fuera posible.

Palmer se fingió ofendido.

—No quiero que me devuelvas el dinero, Chad. Hoy por ti y mañana por mí. ¿No vas a convertirte en un flamante investigador

privado? Pues es muy posible que cualquier día necesite de tus servicios. Favor por favor, ¿no es eso, amigo mío? —comentó.

Y rompió a reír con sus características carcajadas explosivas.

Nos despedimos muy amigos. Glen incluso se empeñó en devolverme a Los Ángeles cómodamente instalado en uno de sus coches, un carísimo «Silver Shadow», conducido por un joven chófer de uniforme.

Dos semanas después me despedí de la agencia Carpenter, cuando tuve alquilado y montado un pequeño pero eficiente despacho en un edificio de oficinas.

Julius no me tendió la mano cuando me despidió. Se limitó a mirarme suspicazmente y a comentar:

—Espero que no hayas decidido la insensatez de ir a trabajar para la competencia...

Sonreí con toda el alma.

—Pues..., si —respondí—. A partir de ahora, señor Carpenter, yo voy a ser *la competencia*.

CAPÍTULO II

Las cosas me fueron bien desde el principio.

La suerte me ayudó, justo es decirlo. Porque aunque poseía un fichero bastante completo, y una serie de datos muy útiles, mi éxito no hubiera sido fácil sin la suerte.

Tres meses después, recibí una llamada telefónica. Era Glen Palmer.

En principio sólo se interesó por mis asuntos, pero en seguida soltó lo que en verdad le interesaba:

—Como tú seguramente sabes, querido Chad, edito tres revistas erótico-intelectuales que se venden como rosquillas. Constantemente estoy necesitando nuevas *cover-girls*[1] para mis ediciones. Tú conoces a mucha gente. ¿No podrías facilitarme las direcciones de algunas jovencitas guapas dispuestas a ganar cincuenta dólares en una sola jornada?

Fruncí el ceño.

El trabajo que Glen me proponía no me gustaba. No era mi especialidad, la verdad.

Yo podía pasarme diez días siguiendo estrechamente a un esposo infiel e incluso convencer a un grupo de jóvenes matones para que dejaran de destrozar los escaparates de una tienda de Balboa Street, pero lo de Palmer...

En cualquier caso me sentía obligado a él, puesto que le debía cinco mil dólares y, en parte, mi bienestar económico actual.

—Veré lo que puedo hacer —respondí vagamente—. Aunque no es mi especialidad.

—Lláname en cuanto tengas algo —se despidió Palmer, sin insistir. Dos semanas después volvió a llamarme.

La verdad era que yo no había atendido su demanda. Es decir, no había dado un solo paso para buscar chicas jóvenes y guapas que se dejasen fotografiar en cueros para unas cuantas revistas a cambio

de cincuenta dólares diarios.

—Veo que no has hecho nada de lo que te encargué —dijo Glen, con gran clarividencia.

Le expliqué que había estado muy ocupado con un par de casos de espionaje comercial, y no había tenido tiempo de ocuparme de su encargo.

—Estoy al tanto de cuánto has hecho durante los últimos dieciséis días —fue la sorprendente respuesta de Palmer—. Podías haber trabajado para mí desde el primer momento, pero no lo hiciste, querido Chad. Pero, enténdelo, no es nada deshonesto lo que te encargué. Busco modelos, chicas guapas para fotografiar. Eso es todo.

Desde luego, me sentí muy embarullado.

Y prometí a Glen que al día siguiente trataría de enviarle unas cuantas chicas.

—No te arrepentirás —afirmó—. Tendrás un tanto por ciento amplio sobre cada foto publicada en mis revistas.

Cuando colgué el teléfono, me sentía muy nervioso.

Por una parte, estaba mi agradecimiento a un amigo. Nada menos que a Glen Palmer, un editor prestigioso.

Por otra parte, algo me decía, en mi interior, que el trabajo de buscar chicas para *cover-girls* no suponía la labor más honorable para un investigador privado serio.

De todas formas, yo conocía a dos o tres docenas de muchachas que estarían muy satisfechas con figurar en las páginas de las revistas de la editorial Palmer y, de paso, ganar cincuenta dólares por jornada.

Tres días después había entregado a ocho chicas tarjetas de presentación para el estudio fotográfico de Palmer.

Glen me llamó aquella misma noche.

—Excelente material, Chad. Recibirás mañana un cheque por trescientos dólares. Pero debes esforzarte un poco más. Necesito chicas aún más jóvenes —dijo, con voz llena de cordialidad y optimismo.

—Escucha, Glen. No necesito ese cheque de trescientos dólares. Lo hice porque tú me lo encargaste. No espero ningún...

Glen me interrumpió ruidosamente.

—Toda labor necesita una compensación —afirmó—. ¡Suerte y

audacia, muchacho! Pero recuerda mi recomendación: necesito muchachas más jóvenes.

Colgó antes de que yo pudiese añadir una sola palabra.

Sus últimas palabras se me habían quedado grabadas en el cerebro:

«Necesito muchachas más jóvenes».

Yo le había recomendado a Naty Vázquez, Nelly Smith, Corona Gaynor, Patty Mendoza, Tine Howard...

Eran chicas de veintidós, veintitrés, veinticuatro años..., todas ellas mayores de edad legal, naturalmente, pues no se me hubiera ocurrido enviarle a ninguna menor.

De todas formas, yo había recomendado a muchachas que servían como camareras o trabajaban en la recolección de manzanas, cobrando un jornal ínfimo.

Con toda sinceridad, las había enviado a Palmer porque creí que hacía un favor a aquellas chicas, la mayoría de las cuales no podían aspirar a ganar más de cinco dólares diarios, y ello dejándose el pellejo en su lugar de trabajo.

Pero si Glen Palmer imaginaba que yo iba a recomendarle a menores de edad, estaba equivocado por completo.

Glen tornó a llamarme una vez más.

—¿Qué ocurre, viejo amigo, has estado de vacaciones? —rió—. No llegan a mi estudio chicas con una tarjeta de recomendación firmada por Chad Martin.

—¿Cómo es posible? He entregado tarjetas a más de veinte chicas —respondí, cauto.

—Demasiado... viejas —respondió con cinismo—. Necesito muchachas mucho más jóvenes.

—¿Chiquillas? —pregunté—. ¿Niñas de trece o catorce años?

—¿Por qué no? —respondió con toda desfachatez—. Tu cuenta se verá incrementada en doscientos dólares por cada chica menor de dieciséis años que envíes a los estudios fotográficos.

—No cuentes conmigo —respondí, brusco. Y colgué.

Durante el resto del día me sentí profundamente disgustado e incluso inquieto.

Me preguntaba, a cada instante, para qué necesitaba un editor prestigioso, como Glen Palmer, modelos femeninos menores de dieciséis años.

No podría utilizarlas en sus revistas, ni siquiera en la publicidad comercial, puesto que la ley lo prohibía.

En mi mesa de despacho tenía ejemplares de las revistas de Palmer: *Young Beauties*, *Masquerade*, *Summer Time* y *That Joke*.

Las cuatro eran revistas eróticas un tanto audaces, aunque daban cobijo a colaboraciones de gran calidad de importantes periodistas y literatos norteamericanos, cuestión esta última que había dado indudable prestigio a cada una de las publicaciones Palmer.

Pero en las fotografías de chicas no figuraba una sola menor. Eran, en su mayoría, mujeres de veinte a veinticinco años, modelos cotizadas entre los fotógrafos.

¿Para qué, entonces, necesitaba Glen Palmer modelos menores de dieciséis años?

—Pornografía —me susurró un duende al oído.

Pero sólo era una suposición y, por otra parte, yo estaba dispuesto a olvidar a Glen Palmer en cuanto le hubiera devuelto, centavo a centavo, sus cinco mil dólares.

Era indudable que yo, Chad Martin, deseaba ganar dinero y convertirme en un hombre importante, pero no estaba dispuesto a tragar todo lo que me echasen.

Al día siguiente, ordené a mi Banco que realizase una transferencia de mil dólares a nombre de Glen Palmer.

Para ello me quedé con poco más de cincuenta dólares, pero no me importó, puesto que yo confiaba en seguir contando con mi clientela.

El giro de mil dólares me fue devuelto dos días después. Y, por desgracia, durante las tres semanas siguientes apenas tuve trabajo para sobrevivir a base de bocadillos.

No se me ocurrió imaginar, por entonces, que mi escasez de trabajo se debiese —ni de forma remota— a alguna maniobra de Glen Palmer.

Sin embargo, comencé a sospechar algún turbio manejo cuando mi teléfono fue cortado bruscamente por la compañía telefónica, y aquella misma tarde descubrí a dos robustos mocetones que montaban guardia en el vestíbulo del edificio donde tenía mi despacho.

Su facha les descubría a mil leguas: eran matones alquilados a treinta dólares la jornada.

Crucé ante ellos, fingiendo no verles, y salí.

Muy cerca de allí, en Forest Lane, estaba la peluquería de Bene Ortiz, mi peluquero. Entré y le pregunté a Bene si podía cambiar mi aspecto en pocos minutos. Se echó a reír y me indicó que podía ocupar un sillón.

Me cortó discretamente el cabello y puso sobre mi cráneo un pedazo de caucho, que simulaba a las mil maravillas una calva con apenas unos escasos aladares.

Tras lo cual, me afeitó el bigote y me maquilló convenientemente.

Salí de allí convertido en un tipo muy diferente. Mis treinta años se habían convertido en cuarenta y muchos, y mi cutis bronceado tenía ahora un tono pálido, con visibles pecas rojizas.

Penetré en el vestíbulo del edificio que había abandonado media hora antes. Es decir, la casa en cuya cuarta planta yo tenía mi despacho.

Los matones seguían montando guardia, impertérritos.

Fingí dudar unos segundos, y me dirigí a las casillas luminosas en las cuales se hacían constar los nombres de las personas y entidades que ocupaban oficinas del edificio.

Mi asombro fue muy moderado al comprobar que mi nombre había sido borrado de la cuarta planta, apartamento 80-F.

Tampoco constaba mi nombre en el correspondiente buzón de correspondencia. Uno de los dos robustos jóvenes vino a mi encuentro.

—Quizá podamos ayudarle, señor —dijo con una sonrisa forzada—. ¿A quién busca?

—Hace poco tenía su despacho en esta casa Chad Martin, un detective. ¿Pueden decirme dónde podría encontrarle? Necesito...

No me dejó continuar.

—No está de suerte, amigo. Martin está procesado por estafa y, actualmente, le busca la policía. Será mejor que se busque otro detective —me recomendó, con paternal afán.

—Gracias. Eso es lo que haré —respondí, con una sonrisa perruna.

Me volví un poco, giré rápidamente y... metí la mano izquierda en su funda sobaquera, al tiempo que incrustaba, sin piedad, mi

puño derecho en su estómago.

El mocetón se fue al suelo y se arrodilló ante mí.

No pude resistir la tentación, fue algo superior a mis fuerzas... Alcé con fuerza la pierna izquierda y le despedí de un rodillazo en la mandíbula.

Su camarada reaccionó en seguida.

En un gesto característico, se llevó la mano al cinturón con enorme presteza, pero... yo tenía el revólver de su compinche empuñado.

Una repentina palidez cubrió sus facciones demacradas.

—¡No dispare...! —farfulló. Y apartó sus manos del cinturón bajo el cual ocultaba un

«P-38».

—Sólo si no salís disparados de aquí ahora mismo —respondí con voz fría, aunque mi procesión anduviese por dentro.

El «torpedo» avanzó unos pasos con grandes precauciones, tomó a su compañero del suelo y juntos abandonaron el vestíbulo.

No volví a verlos.

Pero tres días después mi despacho fue saqueado, pintado con *sprays* y finalmente incendiado.

Glen Palmer se puso en comunicación telefónica conmigo una semana después.

—Sigo necesitando modelos jóvenes para mi estudio fotográfico, Chad —fueron sus primeras palabras—. De ambos sexos —especificó—. Trescientos dólares por cada modelo.

La sangre se me subió a la cabeza de forma instantánea.

—¡Escucha, Glen! ¡No voy a dejar las cosas así...! ¡Sé que fuiste tú quien pagó a los matones, quien destruyó mi despacho, mi valioso archivo...!

Glen dejó escapar una risita.

—¿Has bebido, Chad? ¿De qué matones, de qué archivo me hablas? A mí sólo me interesan mis publicaciones y los modelos fotográficos. Si quieres ganar dinero, sólo tienes que colaborar conmigo —dijo.

Y colgó.

Yo estaba arruinado.

Gasté seiscientos dólares en reponer el mobiliario y otro tanto en adecentar mi despacho.

Las noticias corren veloces, y la gente se enteró pronto de que Chad Martin había sufrido diversos atentados.

En consecuencia, clientes que acudían a mí periódicamente, se abstuvieron de aparecer por mi despacho a partir de entonces.

Un mes después, yo estaba desesperado, al borde de la ruina.

Y entonces, precisamente entonces, llegaron a mi despacho el señor y la señora Madison.

Componían un matrimonio de mediana edad. Charles Madison tenía unos cincuenta, y la rubia Mary Madison unos cuarenta y cuatro.

Se habían casado tarde, más allá de los treinta años, y tenían una hija y un restaurante de carretera. Un negocio que marchaba muy bien, y les daba lo suficiente para vivir holgadamente.

Charles Madison puso sobre mi mesa una revista.

Al primer vistazo comprendí que se trataba de una publicación pornográfica.

—Eche una ojeada, por favor —me invitó el señor Madison.

Yo vi sus mandíbulas apretadas y su rostro desencajado. También la señora Madison tenía sus facciones pálidas y demacradas, orlados sus bellos ojos por oscuras ojeras.

Eché la ojeada a la revista que Madison me tendía.

Se me encogió el estómago. Aquello solo era una bazofia pornográfica. Los modelos eran niñas, muchas de ellas apenas púberes...

—La niña enmarcada con un trazo de rotulador rojo era Mary-Jane, nuestra hija. Cuando le hicieron esa foto sólo tenía trece años —dijo Madison con voz enronquecida.

CAPÍTULO III

Noté que mi piel adoptaba ese granulado especial llamado vulgarmente «carne de gallina».

—No puedo creerlo —exclamé, tontamente.

Pero Charles Madison fue al grano inmediatamente.

Me dijo que su hija, aquella niña casi impúber que aparecía en la revista, había muerto dos años atrás.

—La policía encontró su cuerpo en una carretera próxima a Santa Anita —me explicó—. Estaba destrozada, materialmente convertida en pulpa sanguinolenta...

La señora Madison rompió a sollozar, y su esposo empleó unos minutos en tranquilizarla.

Yo sólo podía ofrecerles café, y eso fue lo que hice.

Al cabo, Charles Madison volvió a hablar:

—Mary-Jane había desaparecido de casa dos días antes —declaró—. Era una niña despierta, viva, pero absolutamente normal y muy responsable. Nosotros la cuidábamos y vigilábamos con esmero, pero no la coartábamos en sus ansias juveniles. Quiero decir que le permitíamos participar en excursiones organizadas por el colegio, en pequeñas fiestas bajo la tutela de personas responsables y todo eso...

Madison encendió nerviosamente un cigarrillo, y yo hice otro tanto.

—Luego, la policía llegó una mañana a casa, y nos dijeron que habían encontrado a

Mary-Jane...

muerta. Puede imaginarse nuestro dolor, señor Martin, pero al fin y al cabo su muerte había sido accidental, según comprobó la policía. Un camión atropelló a nuestra hija en la carretera. La autopsia corroboró aquel aserto. Sufrimos infinitamente la pérdida de nuestra hija, pero finalmente nos resignamos a lo que parecía

evidente...

Los Madison habían imaginado que

Mary-Jane

había emprendido alguna pequeña y loca aventura por su cuenta.

Nada importante, cosa de chiquillas.

—Todos los niños y niñas sienten, alguna vez, la llamada de la aventura. Algunos hacen un hato, se van a recorrer un camino... y regresan a casa en el mismo día, cuando tienen hambre o se sienten asustados —me explicó Madison.

Al cabo de dos años...

—Habíamos superado el dolor y habíamos conseguido rehacer nuestra vida. Mi esposa no puede volver a tener hijos, pero nosotros teníamos la esperanza puesta en adoptar a un niño o una niña...

Lo habían dejado para la vuelta de sus vacaciones.

—Elegimos un país sudamericano, que ahora no importa, para pasar nuestras vacaciones y reflexionar sobre el paso que íbamos a dar, respecto a la adopción de un niño. Hace pocos días, cuando nos preparábamos para volver, recorriamos unas tiendas para adquirir algunos recuerdos.

En una librería, los Madison habían encontrado aquella revista pornográfica, perdida entre un montón de publicaciones diversas.

—Ni a Mary ni a mí nos gustan demasiado ese tipo de publicaciones, pero nos llamó especialmente la atención el hecho de que los modelos fueran... niños. Yo la hojeé, asombrado. Y luego, en la cuarta página, vimos a nuestra pequeña

Mary-Jane...

Yo la tenía ante mis ojos, y me daba vergüenza mirar a la niña. Pero debía hacerlo, debía grabar en mi memoria aquellas facciones infantiles, aquel cuerpo que se iniciaba a la adolescencia.

Pero Charles Madison seguía hablándome, tenso, haciendo un inaudito esfuerzo por no prorrumpir en alaridos, mientras su esposa, oculto el rostro entre manos, sollozaba desconsoladamente.

—Ninguno de los dos hemos podido dormir desde entonces, señor Martin —confesó Charles Madison—. Nuestro negocio está cerrado, y nosotros pasamos los días y las horas encerrados en nuestra casa, llorando y padeciendo, preguntándonos quién fue el canalla que se aprovechó de nuestra hija para hacerle esas asquerosas fotos...

—Ni siquiera puedo entenderlo —me atreví a murmurar.

—Tampoco nosotros —respondió Madison—. Pero una cosa es evidente: nuestra pequeña

Mary-Jane,

aunque era una niña, jamás hubiera permitido esas obscenidades. Pensamos que debieron someterla de alguna forma, tal vez drogarla...

Les dejé desahogarse, sin interrumpirles, tanto a Madison como a su esposa.

Finalmente, el hombre me miró rectamente.

—Dispongo de unos quince mil dólares, señor Martin. Quiero entregarle diez mil si averigua quién hizo esas fotos a nuestra pequeña

Mary-Jane.

Se me encogió el estómago.

Las cantidades que yo solía percibir por mis trabajos no se aproximaban, ni remotamente, a aquella cifra.

Sin embargo, me interesaba mucho más que el dinero el hacer justicia a los Madison, Y traté de explicarme:

—Creo que el caso compete directamente a la policía federal, señor Madison —afirmé—, puesto que el abuso de menores cae de lleno en las leyes federales. ¿Por qué no presentan la correspondiente denuncia ante el FBI?

Madison plegó sus labios, en un rictus que expresaba cansancio y desilusión.

—Lo hemos consultado con varios abogados, y todos nos han aconsejado dejar correr el asunto. Por otra parte, mi esposa prefiere que nuestro nombre y el de nuestra hija no sea motivo de escándalo, lo cual tendría lugar, inexorablemente, si denunciásemos el hecho a la policía federal y el caso tuviera resonancia en la Prensa y los restantes medios de comunicación.

—Pero...

—En cualquier caso, presentaríamos la denuncia cuando tuviéramos pruebas concretas contra alguien. Denos un nombre, señor Martin, y nosotros obraremos después —insistió Madison, firme en su postura—. ¿Quiere o no quiere trabajar para nosotros?

No dudé ni un solo instante, aunque lo cierto era que yo no me sentía muy seguro de saber llevar el caso a su solución.

El problema era demasiado grave. A fin de cuentas, detrás de la revista que yo tenía ante mis ojos, debía existir todo un complejo editorial, un negocio turbio pero muy productivo y, por tanto, *peligroso*.

Reflexioné largamente, mientras la señora Madison seguía sollozando blandamente y su esposo me contemplaba con ansiedad.

—¿Quién les envió a mí? —quise saber.

—Fuimos a la agencia Carpenter —me explicó Madison—. Pero su director no quiso saber nada del asunto, en cuanto le expliqué, sin darle mayores detalles, que se trataba de un delito de pornografía, utilizando como modelos a menores. «La agencia Carpenter no trabaja en ese tipo de asuntos —dijo—, pero conozco a alguien a quien su caso le vendrá como anillo al dedo». Y me dio su nombre y su dirección, señor Martin.

¡El taimado Julius Carpenter!

Le había sentado como un tiro verse sin la ayuda de uno de sus mejores colaboradores. —Yo, sin modestia—, y ahora me devolvía la pelota endosándome un caso que apestaba a veinte kilómetros de distancia.

Pues bien, yo estaba decidido a recoger la pelota. Iba a trabajar para los Madison, por encima de los diez mil dólares que acababan de ofrecerme.

—No puedo prometerles nada —dije al matrimonio—. Voy a hacer algunas investigaciones previas. Si dan resultado, aceptaré el caso con todas sus consecuencias.

Madison me ofreció impulsivamente su mano derecha.

—Algo me dice que es usted un hombre honrado, señor Martin —exclamó. Y añadió, cuando ya les acompañaba hasta la puerta:

—Quiero que sepa que no buscamos compensaciones materiales, amigo mío. Sólo pretendemos evitar que otros padres tengan que sufrir el dolor y la vergüenza que estamos padeciendo nosotros.

Descendí con ellos en el ascensor, hasta el vestíbulo, para asegurarme de que no había espías por los alrededores.

No vi a nadie sospechoso, y acompañé a los Madison hasta su coche estacionado en las proximidades.

Les observé, compadecido.

Desde luego, parecían destrozados. Y lo estaban.

—No vuelvan a visitarme a este despacho. Ni siquiera llamen

por teléfono. No hablen a nadie de este asunto ni mencionen mi nombre —recomendé.

—No vivimos en casa desde hace una semana —me confesó Madison—. Nos alojamos en un hotel, pues no queríamos que nuestros vecinos advirtieran que acabábamos de vivir una experiencia horrible.

—¡Bien hecho! —aprobé—. Yo me pondré en contacto con ustedes en cuanto tenga alguna noticia que darles.

CAPÍTULO IV

Volví a echar una detenida ojeada a la revista.

Es obvio decir que en mi pensamiento surgió inmediatamente una persona: Glen Palmer.

Podría parecer monstruoso que yo achacase a Palmer una faena tan horrenda como la de editar la «revistita» que tenía ante mis ojos, pero lo cierto era que *él se había mostrado muy interesada en obtener modelos de ambos sexos menores de dieciséis años.*

El ejemplar que acababa de revisar no tenía pie de imprenta ni ninguna otra mención por la que pudiera llegarse a su identificación.

Es más: ni siquiera podría asegurarse que hubiera sido impresa en Estados Unidos, *de no ser porque Madison no había tenido tiempo suficiente para ser trasladada fuera del país.*

Mary-Jane

Tomé la revista como si fuera un tesoro, la guardé en un maletín, recogí las pocas cosas importantes que aún guardaba en mi despacho y me marché.

Mi decisión estaba tomada: rescindir el contrato de arrendamiento, y no aparecer por aquel lugar en adelante, con lo cual esperaba evitarme toda una serie de percances.

Al día siguiente me puse en acción.

Un viejo amigo, Hugh Spencer, analizó un fragmento del papel impreso. Spencer había trabajado toda su vida en la fabricación de tintas para imprenta, y era un consumado experto en el tema.

Su veredicto fue muy claro:

—Está impreso con tintas «Clair», de las que se usan en casi todas las imprentas de este país.

Investigar a todos los clientes de Clair Incorporated hubiera sido ocioso y... tedioso.

Sin embargo, averigüé algo que era mucho más fácil: Palmer Ediciones *sí* era cliente habitual de las tintas «Clair».

Así, pues, decidí dedicarme por entero a Glen Palmer.

Durante los tres primeros días, espí constante y discretamente las instalaciones de Palmer Ediciones en Sunside Street.

Llegué a impresionar muchos miles de metros de celuloide con las diversas personas y vehículos que penetraban en el edificio, pero un ulterior y detenido examen del filme me demostró que nada había de anormal en todo ello.

Entonces me dediqué personalmente a seguir a Glen Palmer.

El inmediato fin de semana, Glen se dirigió a la frontera mexicana. Y yo piqué el cebo.

—¡Ya está! —me dije, gozoso—. Imprime sus revistas pornográficas en alguna imprenta del otro lado de la frontera.

Creía estar en el secreto, pero nada más alejado de la verdad: Glen se limitó a recorrer los *cabarets* de la próxima ciudad mexicana, tras lo cual desapareció sin dejar rastro.

Las técnicas policiales, el método y la audacia son muy importantes para un investigador privado, a la hora de buscar el éxito en cualquier investigación. Pero existe algo mil veces más decisivo: el tesón.

Y mi tesón me llevó a averiguar que Glen Palmer no había hecho otra cosa que abandonar Tijuana, continuar su camino por tierras mexicanas y... dejar el país inmediatamente por el alejado puesto fronterizo de Yacumba.

Palmer no se movió de Los Ángeles en los próximos cuatro días. Pero el viernes tomó su gran «Cadillac» y se dirigió a la frontera.

Yo había alquilado un coche distinto de la vez anterior. Tan distinto como mi irreconocible aspecto.

El «Cadillac» de Palmer alcanzó la frontera por Tijuana. Yo no llegué a traspasar la frontera; por el contrario, me dirigí directamente a Yacumba, a unos ochenta kilómetros.

A las diez y media de la noche, el «Cadillac» de Palmer volvía a penetrar en los Estados Unidos..., precisamente por el puesto fronterizo de Yacumba.

Le seguí con toda clase de precauciones, a suficiente distancia como para no inspirar su desconfianza. Tenía unos prismáticos muy potentes y podía controlarle a dos o tres kilómetros, puesto que la

carretera era bastante regular.

A las once y media Palmer se detuvo en Cañada, un pueblecito californiano de aspecto meridional, muy limpio y moderno.

Dejé mi coche oculto tras unos árboles, y seguí a pie, incluso corriendo el riesgo de que Glen Palmer continuase con su «Cadillac», dejándome con un palmo de narices.

Mi corazonada surtió su efecto.

Veinte minutos después, y al tiempo que fingía con cierta veracidad una fenomenal cogerza, descubrí el coche de Palmer en una callejuela apartada.

El coche estaba frente a un edificio de ladrillo rojo, cuya fachada estaba ocupada por un gran letrero luminoso: «DAVIS, ALMACÉN DE FRUTAS».

Interpretando mi papel de beodo, recorrí los muros hasta encontrar un lugar por donde introducirme en el edificio.

Lo encontré en la parte trasera.

Subí de un salto y me dejé caer al otro lado.

Me hallaba en un gran patio, a cuya derecha se encontraba un tinglado lleno de grandes pilas de envases de madera y plástico de los utilizados para la recogida de la fruta.

Al fondo se veían unas pequeñas ventanas iluminadas, e incluso podía oírse el característico

«run-rún»

de máquinas en acción.

Con los nervios tensos, y toda clase de precauciones, avancé pegado a las sombras. El rumor de las máquinas era ahora más próximo y potente.

Flexioné mis piernas, di un silencioso embite y quedé colgado de las rejas que protegían las ventanas de la factoría.

Lo vi en seguida: nada de frutas, aquello era una imprenta, aunque al fondo se divisaban las puertas de unas cámaras frigoríficas.

En el centro había dos modernas máquinas rotoplanas de imprimir. Dos máquinas automáticas, capaces de imprimir doce mil ejemplares a la hora.

Alrededor distinguí bancadas metálicas de trabajo, estanterías para recoger y depositar los trabajos e incluso una máquina de plegar.

Glen Palmer estaba supervisando el trabajo de los impresores. Elevé mis prismáticos y miré, a través de las lentes, los pliegos que los transportadores apilaban automáticamente en una bancada.

Era pornografía pura.

Y los modelos de uno y otro sexo utilizados eran jovencitos, incluso niños.

Apreté las mandíbulas, recogí mis prismáticos, me dejé caer silenciosa y cautamente al suelo y me alejé de la nave.

Un momento después escalaba el muro y volvía a mi coche, describiendo aparatosas eses.

Nadie me había visto en la pequeña localidad de Cañada. De modo que puse el motor en marcha y, a velocidad moderada, alcancé la carretera y emprendí el regreso a Los Ángeles.

Ahora ya sabía cómo se había hecho rico Glen Palmer.

De todas formas, esperé hasta el día siguiente para tomar una decisión.

En verdad, yo no tenía pruebas de que Glen Palmer hubiera utilizado a la hija de los Madison para imprimir aquellas puercas publicaciones sin texto.

Pero una cosa era cierta: Palmer se valía de modelos adolescentes, casi niños, para traficar con aquella basura impresa. ¿Por qué no imaginar, a partir de allí, que Palmer tuviera relación con la pequeña

Mary-Jane?

En cualquier caso, decidí someter el caso a los Madison, las personas más directamente interesadas en aquel desagradable asunto.

A la mañana siguiente me puse en contacto con Charles Madison, en el hotel Midday, y le dije que necesitaba hablarle con urgencia, puesto que había descubierto algo importante.

Nos entrevistamos en un parque de Glendale. Hablé claro.

—¿Van a presentarse ahora al FBI? —quise saber.

—Sí, ahora mismo. ¿Quiere acompañarnos? —respondió Madison. Les acompañé.

Dos días después, policías federales detenían a Glen Palmer en su imprenta de Cañada, junto con otras seis personas.

Las pruebas eran tan palpables que Palmer confesó en seguida.

Pero no todo lo que yo esperaba.

—Soy responsable de la impresión de la revista *Erotic Kids*, lo reconozco. El material lo he comprado a distintos fotógrafos. No, no contraté a los modelos. Era cosa de los fotógrafos. ¿Sus nombres? Los ignoro. En un caso como éste, no se preguntan los nombres ni las direcciones —fue todo lo que dijo.

No se le pudo probar que hubiera engañado ni drogado a menores para obtener las fotos, a pesar de que mis declaraciones al respecto también constaron en el sumario.

Durante el juicio, fui citado como testigo. Dije la verdad, todo cuanto sabía acerca de Glen Palmer.

Mi antiguo amigo del Vietnam fue condenado a doce años de prisión.

Cuando se lo llevaba la policía —yo ocupaba un lugar entre el público de la sala—. Glen se detuvo un momento y me miró.

—Me has traicionado, Chad —murmuró con rencor. No evité su penetrante mirada. Ni siquiera parpadeé.

—Te equivocas, Glen —respondí—. Me encargaron un trabajo y me limité a cumplir con él, porque era de justicia.

Los dos policías que le escoltaban le empujaron, sin violencia, hacia la salida. Antes, sin embargo, Glen se volvió hacia mí y susurró:

—Saldré pronto de la prisión, Chad. Y entonces...

—Suerte y audacia, muchacho —respondí, sereno, remedando su frase preferida. Palmer se alejó con una expresión venenosa en su rostro macilento.

CAPÍTULO V

«El tiempo pasa rápido», suelen decir los abogados defensores a sus defendidos, en una frase hueca que sólo trata de llevar un poco de ánimo a quien tiene que dejar algunos años de su vida en la cárcel.

Para mí, la vida fue bastante atractiva durante los dos siguientes años.

Instalé un despacho amplio, completo, cómodo y bien situado, y seguí trabajando con éxito.

Entretanto, Julius Carpenter, director de la agencia de investigación Carpenter, había muerto víctima de un infarto de miocardio.

Lástima.

Había conseguido reunir su tercer millón de dólares, pero de poco le valió, puesto que el dinero sirve de muy poco en el Más Allá.

Los Madison, Charles y Mary, habían adoptado a una pequeña chicana, muy linda y morena, llamada Angélica, y, dedicados al trabajo, intentaban olvidar el dolor y la tragedia vividos años atrás.

Yo acababa de hacer una valiosa adquisición: Sheila Miranda, veinte años, morena, bronceada, fina como una pantera y bella como una española de la Andalucía baja.

Tenía unos ojos almendrados, oscuros, profundos, que sabían reflejar ternura o despedir chispas de cólera, según el momento y las circunstancias.

Nuestro encuentro se produjo de forma insólita: Sheila se presentó un día en mi despacho y me preguntó si sabía de alguien que vendiera... heroína.

La observé con atención, y comprendí que era drogadicta. Su desesperación por la falta de la droga debía ser extrema... para recurrir a un investigador privado a la hora de buscar un proveedor

de «nieve».

—Sí. Conozco a alguien que le proporcionará un poco de heroína —respondí compadecido.

Abandonamos el despacho y bajamos a la calle. Ya dentro de mi coche, Sheila se sentía muy inquieta, dominada por la ansiedad.

Mientras rodábamos a lo largo de las calles de la ciudad, yo me preguntaba por qué una muchacha tan bella había ido a refugiarse en el vicio de las drogas.

Me lo explicó por el camino.

Había conocido a un famoso actor de cine dos años atrás y se había enamorado de él.

—Por entonces, yo me sentía profundamente interesada por el mundo del cine. Tenía una bonita figura, era fotogénica, joven y atractiva... ¿Por qué no probar a convertirme en una estrella? James me prometió influir en su productor para que me hicieran unas pruebas...

Pero las pruebas nunca acababan de llegar. Por otra parte, Sheila descubrió que James se drogaba.

—¿Por qué lo haces, por qué te drogas? —le preguntó ella.

—Sin esto —la heroína— no podría resistir la tensión y el cansancio de los rodajes. La droga me relaja, me confiere optimismo y energía. ¿Quieres probarla...?

Sheila, curiosa, aceptó.

Sintió una gran placidez, tras la primera toma, y luego se sumergió en un mundo fantástico, bello, irreal.

—Así me convertí en drogadicta. Pocos meses después, James me abandonó. Rompió definitivamente conmigo. Fue cínicamente claro conmigo: «Me cuestas demasiado cara, querida. La heroína vale más que el oro, y tú consumes la droga como si se tratase de terrones de azúcar...».

—¿Y a partir de allí? —quise saber.

—Me hundí, me fui hundiendo lentamente —confesó Sheila, retorciéndose furiosamente las manos.

Para obtener la droga, de la que ya no podía prescindir, Sheila se había visto obligada a aceptar toda clase de trabajos.

—Desde posar para revistas eróticas, hasta filmar ínfimas películas pornográficas —confesó tristemente. Y añadió, animándose un tanto—: Sólo me he resistido tenazmente a

prostituirme.

La droga había venido a convertirse para aquella pobre muchacha en su infierno particular.

Cada vez necesitaba dosis más fuertes, y el dinero que ganaba iba a parar, casi íntegramente, a las manos de los vendedores.

Pero adquirir la heroína suponía, por otra parte, un riesgo constante. Los policías del Departamento de Narcóticos estaban siempre a la caza de vendedores y consumidores.

En ocasiones había que recorrer cientos de establecimientos para encontrar alguien dispuesto a desprenderse de un gramo de heroína a cambio de dinero.

—¿Por qué recurrió a mí? —indagué, curioso.

—Porque estaba desesperada —respondió—. Mi última dosis la consumí anteayer.

El día anterior, Sheila había recorrido inútilmente los establecimientos de bebida donde habitualmente solían reunirse los vendedores.

—No encontré a ninguno, aunque llegué a ofrecer el doble del precio establecido. Un tipo de unos cincuenta años me hizo una seña discreta y salió a la calle...

—¿Qué quería?

—Salí en pos de él. Me estaba aguardando en el interior de un automóvil destartado y me invitó a subir. No dudé ni un momento, porque comenzaba a temblar y mi cuerpo entero exudaba copiosamente.

—¿Y...?

—Tras remolonear unos minutos, se confió: los de Narcóticos habían detenido el día anterior a cincuenta vendedores. No había un gramo de heroína disponible, pero él guardaba un par de dosis en su apartamento.

—Supongo que usted accedió a acompañarle allí...

—¿Cómo no, si me sentía al borde de mi resistencia? —gimió Sheila—. Me llevó hasta un viejo y maloliente edificio de apartamentos, y me introdujo en unas habitaciones oscuras y sucias. Lo que el tipo pretendía no era otra cosa que acostarse conmigo.

No me sorprendí demasiado. Sheila Miranda era capaz de hacer perder la cabeza a cualquiera.

—Jamás hubiera accedido a algo así por dinero, pero confieso

que estaba dispuesta a soportar al baboso individuo a cambio de una dosis. Por fortuna, comprendí a tiempo que aquel hombre había mentido. No disponía de la droga, lo único que pretendía era... Bueno, ya sabe.

Convencida ya, Sheila huyó de la casa y descendió velozmente la escalera, perseguida por el obseso.

—Conseguí huir —afirmó ella, inquieta—. Pero he pasado una noche terrible. Esta mañana...

—Decidió venir a consultarme.

—Sí. Alguien me dijo que los detectives están al tanto de todo lo que ocurre en la ciudad. Si era así, yo confiaba en que también el hombre al que contratara estaría al tanto del negocio de la droga. Miré en la lista de teléfonos, y encontré su nombre y dirección. Usted podía ser tan bueno como cualquier otro para lo que yo necesitaba: unas cuantas dosis de heroína.

Sonreí.

—En tal caso, querida, puede usted jurar que ha encontrado al hombre que necesitaba —respondí.

Un momento después, mi coche se desviaba de la autopista y traspasaba una verja hasta detenerse ante un edificio de moderna arquitectura.

—Pero esto no es... —empezó a murmurar Sheila.

Frené ante la escalinata que conducía a la entrada de la clínica Windgard.

Sheila asió la manecilla, empujó la portezuela derecha del coche e intentó huir.

—¡Me ha engañado, esto sólo es...! —gritó.

Pero yo la tomé por la mano izquierda, la sujeté con fuerza y la obligué a mirarme.

—El doctor Windgard es un buen amigo. Tendrá una dosis de heroína —afirmé.

Sheila temblaba entre mis manos violentamente, pero al cabo se serenó un tanto e incluso se avino a descender del vehículo.

—Escuche, Martin —murmuró con voz temblorosa—. Le advierto que no estoy dispuesta a dejarme engañar. Le pagaré la cantidad que me indique a cambio de su servicio, pero si cree que...

—Vamos, Sheila, tranquilízate —dije con voz calmosa, al tiempo que golpeaba con suavidad su espalda—. No quiero causarte ningún

daño, créeme. Por el contrario, sólo deseo ayudarte. Bien... Ahora estás más relajada. Sube conmigo la escalera. El doctor Windgard te suministrará una dosis. Te lo aseguro.

No mentía.

La clínica Windgard era un centro privado para la rehabilitación de drogadictos. Llegamos al vestíbulo, y fuimos recibidos por una joven y guapa enfermera que nos condujo hasta una salita, después de que yo le anunciase que deseábamos entrevistarnos con el doctor Paul Windgard.

Y, en efecto, a Sheila le fue suministrada una dosis de heroína.

En cuanto la droga hizo su efecto relajante, dos amables enfermeras se ocuparon de Sheila y se la llevaron sin violencias a una habitación de la clínica.

—¿Algún familiar? —me preguntó Paul Windgard, cuando, poco después, charlamos en su despacho.

Le conté todo lo que sabía de Sheila Miranda.

—¿Sabes si la chica tiene dinero para costearse el período de rehabilitación? —me preguntó.

—Lo ignoro —respondí con franqueza—. Tal vez disponga de dos centenares de dólares, no lo sé.

—Chad, la estancia de cualquier enfermo en esta clínica supone un gasto de unos quinientos dólares..., sin contar con mis honorarios —pronunció, severo—. Mis honorarios no cuentan demasiado, pues yo me dedico a esta profesión más por vocación que por afán de lucro. Pero... debemos todavía más de doscientos mil dólares, y el personal de la clínica debe cobrar su sueldo.

—Yo correré con los gastos de Sheila Miranda —afirmé.

Paul sonrió, mientras jugueteaba con un rotulador sobre la mesa, de forma inconsciente.

—Chad... —dijo, irónico—. Me has traído a unos cinco jóvenes drogadictos, tanto de uno como de otro sexo. Has pagado religiosamente las facturas que te he enviado. Valoro en lo que vale tu admirable conducta, pero... si sigues así te arruinarás. Estos jóvenes...

—Si les ayudamos, nos ayudaremos a nosotros mismos —respondí, un tanto disgustado—. Si no dispongo de dinero para pagar a la clínica Windgard, venderé mi coche. Todo se arreglará.

Dos meses después, Sheila volvió a mi despacho.

Se sentó sobre una silla con gran timidez, sonrió encantadoramente y murmuró:

—Estoy curada, señor Martin. Ya no necesito la droga. Carraspeé, embarazado.

—Lo celebro. Ahora tienes toda una vida por delante. Te deseo suerte. Y no dudes en llamarme si te vieras en un aprieto —dije, un tanto emocionado.

—*Estoy en un aprieto* —musitó ella.

—¿Qué clase de aprieto?

—No quiero volver a posar ni a filmar esas películas, ahora que soy dueña de mí misma. Pero no tengo un empleo, no tengo a nadie...

Un tipo como el detective Chad Martin... ¿podría permitirse el lujo de tener una secretaria-ayudante?

No lo pensé mucho.

—Quédate —invité—. Te pagaré un sueldo y te buscaré alojamiento.

Sheila me sorprendió en los siguientes días. Había dado por hecho que se trataría de una alocada jovencita sin preparación cultural sólida, pero me equivoqué por completo.

Sheila Miranda era una especialista en archivos y ficheros, poseía un título de bibliotecaria, y había realizado cursos intensivos de lenguas extranjeras, además de ser una perfecta y hábil mecanógrafa.

Durante las dos primeras semanas trabajó a un ritmo intenso. Tan intenso, que yo mismo me vi en dificultades para estar a la altura de las circunstancias.

Se ganaba su sueldo sobradamente, esto era evidente. Y suponía para mí una apreciable ayuda, pues además de poner en orden correspondencia y ficheros, atendía constantemente al teléfono, tomaba notas, concertaba entrevistas, atendía consultas de mis clientes.

En tres meses, Sheila se convirtió, para mí, en una ayudante imprescindible.

Y ocurrió algo más trascendente aún: comprendí que estaba perdidamente enamorado de ella.

La amaba, la ansiaba, la deseaba apasionadamente y la necesitaba.

¿Por qué no se lo dije de inmediato?

Lo comprenderán mejor si leen el siguiente capítulo.

CAPÍTULO VI

Durante aquellos dos años yo había ido ahorrando algún dinero, como una hormiguita. Y en cuanto tuve cinco mil dólares disponibles, di orden al Banco de que girasen aquella cantidad a nombre de Glen Palmer, preso en San Quintín.

Con ello, pretendía saldar mi deuda con Palmer y borrarle para siempre de la lista de mis amigos.

Transcurrieron dos días.

De una forma vaga, yo esperaba que el giro me fuese devuelto, tal como había ocurrido tres años atrás cuando intenté pagar mi deuda a Glen en varios plazos.

No ocurrió nada de lo que yo temía. Lo que ocurrió fue bastante peor.

Al día siguiente, llegué al despacho hacia las nueve de la noche, muy fatigado tras realizar un viaje a Las Vegas en busca de una menor escapada de la casa de sus padres, residentes en Los Ángeles.

—He grabado una llamada para ti —me dijo Sheila, dirigiéndome una atenta mirada.

—Déjame oírla —pedí, al tiempo que me dejaba caer pesadamente sobre un sillón metálico.

Sheila conectó el magnetófono anexo al teléfono. Un momento después, pude oír claramente la siguiente conversación:

—¿Diga? —Sonó la voz perfectamente modulada de Sheila.

—Despacho de Chad Martin, supongo.

—Sí. Pero el señor Martin no está. ¿Quiere dejar algún recado? Tenemos una grabadora —insinuó Sheila.

—Muy bien. Póngala en marcha. Mi mensaje para Chad Martin es el siguiente: Glen Palmer ha recibido su giro de cinco mil dólares y acepta la devolución del préstamo —pronunció cuidadosamente una voz gruesa de hombre—. Sin embargo, Glen Palmer no piensa gastar un solo centavo de ese dinero. Lo reserva para el pago de un

entierro de primera para el señor Chad Palmer.

—¿Eso es todo? —Se oyó la voz, entre asustada y temblorosa, de Sheila.

—Todo —afirmó rotundamente el desconocido comunicante. Sheila cortó el magnetófono y me miró, expectante.

—No entiendo una sola palabra —exclamó.

—Tanto mejor para ti —respondí simulando despreocupación. Y me levanté del sillón y fui a la pequeña cocina para servirme un *whisky* con hielo.

Bebí la mitad de un trago. Me volví y encontré a Sheila que, apoyada en el marco de la puerta, me observaba con atención.

—Creí que contaba con tu confianza, Chad. Pero ahora te muestras hermético y enigmático respecto al significado de esa grabación —dijo, con reproche.

La miré.

Estaba bellísima con su corta falda tableada, su ceñido jersey y la negra y brillante cabellera cayéndole en cascada sobre el pecho y los hombros. Tenía toda la razón del mundo; yo, por el contrario, no tenía derecho a ocultarle ciertas cosas relacionadas con mi trabajo.

Le conté detalladamente cuánto me relacionaba con Glen Palmer.

—Yo le debía cinco mil dólares, y se los he pagado en cuanto he podido. Espero y deseo que ello suponga el fin de toda relación entre nosotros —terminé.

—Pero esa amenaza encubierta, esa frasecita de «reserva el dinero para el pago de un entierro de primera...» —insistió Sheila, un tanto inquieta.

Sorbí un poco de *whisky* helado, y chasqué la lengua, satisfecho.

—Simple recurso de pataleo —respondí, evasivo, con el fin de no preocuparla—. Hay muchos que amenazan como un simple desahogo. A mí me ha ocurrido varias veces, pero nadie se ha atrevido a atentar directamente contra mí.

Eso fue lo que dije, pero lo que pensaba era algo muy distinto.

Cuando aquella noche, tras cenar con Sheila en un restaurante cercano, la dejé en su apartamento, mi preocupación se acentuó.

Y había motivo para ello, aparte del mensaje que un

desconocido individuo había dejado para mí en el despacho.

Me preocupaba, por ejemplo, que las cuatro revistas eróticas de Glen Palmer siguiesen editándose con el mismo éxito, después de que él fuera a parar entre rejas.

Yo había llevado a cabo algunas discretas gestiones para averiguar quién dirigía, en la actualidad, aquellas publicaciones. Y conseguí saber que, si bien la editorial se llamaba ahora Ediciones del Oeste, y a su frente figuraba un tipo llamado Oscar Welles, el estilo de las cuatro revistas seguía siendo ostensiblemente el mismo.

Investigué acerca de Welles y me llevé una magnífica sorpresa: Oscar era hermano de Richard Welles, senador por el estado de California, y uno de los políticos más acreditados de todo el estado.

Parecía evidente que Glen Palmer había vendido sus publicaciones a Ediciones del Oeste, que habían ido a caer en manos de los hermanos Welles.

Pero Peter Green, un avisado reportero del *Chronicle* de San Francisco, al que hice una consulta telefónica, me confió:

—Los Welles, tanto el senador como su aprovechado e inteligente hermanito Oscar, estaban asociados ya con Palmer antes de que usted le enviara a la cárcel. Fueron ellos quienes aportaron el capital para crear Palmer Ediciones. Los mismos que han estado protegiendo a Palmer desde que comenzó a editar sus frívolas revistas.

El informe de Peter Green valía tanto como un buen puñado de oro fino. Pero para mí sólo suponía una preocupación más.

Decidido a llegar al fondo del asunto, fui aún más lejos: me puse al habla con uno de los redactores de la revista *That Joke*, del grupo Palmer, y traté de sonsacarle.

El hombre, un joven llamado Templar, se mostró muy cauto y reservado en principio, pero cuando le abaniqué con cinco billetes de cien dólares, desató su lengua como por arte de magia.

—Oscar Welles sólo es un «hombre de paja» —declaró—. Quien sigue dirigiendo las distintas publicaciones es Glen Palmer...

—Pero... tengo entendido que el señor Palmer está en la cárcel —interpuse rápido.

—Así es. Pero Welles, que apenas tiene idea de lo que significa una editorial, va a visitar a Palmer a la prisión cada día. Los presos no pueden comunicar diariamente, pero es fácil imaginar que el

senador Welles se encarga de arreglar esa cuestión. Lo cierto es que Palmer, desde la cárcel, sigue dirigiendo sus publicaciones. Recientemente, en la redacción ha corrido cierto rumor...

—¿Cuál? —pregunté.

—Que Glen Palmer va a abandonar la prisión en fecha reciente.

—Pero... ¡eso es imposible! —respondí—. Palmer debe llevar en prisión... —fingí pensar en ello— unos dos años. En el mejor de los casos, aún le quedarían cuatro años de condena.

Bob Templar se echó a reír.

—No le creí tan ingenuo, amigo. El senador Welles y su hermano son muy ricos y poderosos. Al senador le sería fácil obtener un indulto del presidente a favor de Palmer...

En cualquier caso, Temblar no se equivocaba.

Veinte días después, Glen Palmer abandonaba la penitenciaría de San Quintín.

Ni la Prensa ni la televisión recogieron aquella noticia, aunque el proceso de Palmer, dos años atrás, había provocado un considerable escándalo y la correspondiente repercusión en los medios de comunicación de todo el país.

Supuse inmediatamente que el senador Welles había ejercido presión para evitar dar publicidad a la noticia de la excarcelación de Glen Palmer.

Yo me sentía absolutamente desconcertado.

¿Cómo era posible que un tipo como Palmer, reo de un delito tan censurable y amoral, hubiese alcanzado la gracia de un indulto presidencial?

—Dinero, poder... Ésa es la respuesta —me dije a mí mismo.

No me sentí muy tranquilo, tras recibir la noticia de que Glen Palmer acababa de abandonar la prisión.

Porque Palmer, aunque de una forma indirecta, me había amenazado de muerte.

En caso de tratarse de otra persona, yo hubiera depositado una denuncia en la comisaría más próxima, aportando como prueba la grabación que Sheila había tomado desde el teléfono.

Pero yo ahora era consciente de que Glen Palmer era mucho más peligroso de cuánto había supuesto en un principio. Era peligroso porque contaba con la poderosa ayuda de los Welles, decisiva a todos los niveles.

Si yo me había decidido por la investigación privada como profesión, ello se debía a que yo era un hombre poco vulnerable.

A saber, no tenía padres ni hermanos, ni parientes próximos, ni esposa o hijos. Fui detective porque tenía la seguridad de que nadie podría presionarme a través de los míos, de mis familiares.

Pero ahora yo tenía a alguien por quien hubiera dado hasta lo máspreciado: la vida.

Y ese alguien era Sheila Miranda, la mujer de la que estaba profundamente enamorado.

Volví velozmente al despacho. Eran las seis de la tarde.

Sheila, que estaba mecanografiando un informe confidencial para una empresa, quedó inmóvil al observar mi ceño fruncido.

—¿Qué ocurre? Tienes mala cara, Chad —dijo, solícita.

—Nada —respondí, forzando una sonrisa—. He decidido concederte un mes de vacaciones.

Me miró de hito en hito, con cierta sorna.

—No quiero tomar mis vacaciones *ahora* —pronunció enérgicamente—. Además, en este despacho hay suficiente trabajo pendiente para seis meses seguidos.

Insistí, pero se puso tan terca que tuve que ponerle al corriente de mis temores.

—Palmer ha salido de la cárcel. Quiero evitar que tú pagues las consecuencias. Y también que Palmer pudiera utilizarte para extorsionarme o presionarme de algún modo —expliqué, sombrío.

—No quiero ser motivo de preocupación para ti. Dejaré de venir por el despacho durante un mes —admitió.

—Muy bien —lancé un suspiro profundo—. Te veré frecuentemente, con todas las precauciones posibles. Debemos evitar que nos vean juntos. Palmer no debe relacionarte conmigo.

Poco después, Sheila recogía sus cosas, me besaba fugazmente en los labios y abandonaba el despacho.

Permanecí quince minutos reflexionando.

Sin Sheila, aquel despacho no era el mismo. Faltaba su belleza, su alegría, su dinamismo, su entrañable presencia.

Pero yo debía hacer algunas gestiones, y me dediqué rápidamente a ello.

Marqué el número de la Oficina Federal de Investigaciones, y pedí comunicación con Elliot Borkman, agente especial encargado.

Borkman había llevado a cabo la operación policial que condujo a Glen Palmer a la cárcel, dos años atrás.

—¡Ah, Martin! —exclamó, una vez reconoció mi voz—. ¿De qué se trata?

—Glen Palmer está en libertad. Confieso que estoy muy sorprendido. Me han hablado de un indulto presidencial. Pero ¿cómo es posible que un hombre de la catadura moral de Palmer pueda ser indultado? —Expuse.

—Veo que la noticia le ha sorprendido tan desagradablemente como a mí —se sinceró el policía—. En cuanto estuve al tanto de lo ocurrido, hice algunas consultas a Washington. Pues resígnese, amigo mío, la cosa no tiene vuelta de hoja. Es cierto que el presidente ha indultado a Palmer por el resto de su condena.

—Pero ¿con qué motivo?

—Conducta intachable durante estos dos años. Además, según he sabido. Palmer ayudó eficazmente a los funcionarios de la prisión a evitar una fuga colectiva de más de sesenta presos. Todo ello configura el motivo aprovechado por su abogado para elevar y obtener la petición de indulto.

—¿No piensan que el senador Welles tenga algo que ver en todo ello? —repliqué, muy sorprendido.

—También hemos sabido algo de ello. Richard Welles apoyó personalmente la petición del abogado de Palmer. Nosotros suponemos que, dentro de la prisión, Palmer montó una bonita comedia.

—¿A qué se refiere? —inquirí.

—Sospechamos que Palmer se puso de acuerdo con un grupo de presos. Ellos fingirían un intento de fuga a cambio de determinada cantidad para cada uno. En la cárcel, el dinero es un medio imprescindible para obtenerlo todo, según los presos. Los que no cuentan con recursos económicos, harían cualquier cosa con tal de conseguir unos centenares de dólares. Luego a Palmer le bastaría con ponerse en contacto con uno de los vigilantes, y denunciar los preparativos de la fuga. Un bello motivo para obtener el indulto, sobre todo si la petición contaba con el apoyo de una persona tan prestigiosa como el senador Welles.

—¿Todo esto que me está diciendo es algo más que una mera suposición? —indagué.

Borkman tardó en responder.

—Confiaré en usted, Martin, puesto que prestó un señalado servicio al FBI y a la nación. Hemos comprobado que Ediciones del Oeste hizo una donación de mil dólares a sesenta presos de San Quintín..., poco antes de que Palmer denunciase el intento de fuga —respondió.

Golpeé mi mesa con el puño, muy excitado.

—¡Inaudito! —exclamé—. Pero si se demostrase que el gesto de Palmer era falso, no habría motivo para el indulto, ¿o no?

El policía se manifestó escéptico.

—Mire, Martin. Las autoridades penitenciarias ven con malos ojos que la policía traspase sus muros para realizar cualquier investigación. Oponen toda su resistencia pasiva para que la investigación de en hueso. Y además...

—¿Sí?

—El indulto de Palmer es irreversible. Es una medida de gracia, y Palmer jamás volvería a prisión a cumplir el resto de su condena, ¿comprende?

Claro que lo comprendía.

De todas formas, puse a Borkman al corriente de la amenaza encubierta recibida por Sheila a través del teléfono, contra mi persona, aunque el policía entendió que no se trataba de una denuncia formal.

Finalmente, Borkman declaró:

—De todas formas, pienso mantener a Glen Palmer bajo una discreta vigilancia, por si tiene en proyecto volver a la pornografía como lucrativo negocio. Y así estaremos al tanto de sus pasos.

No había nada más que decir.

Le di las gracias por la confianza que ponía en mí, y nos despedimos.

Al día siguiente, suscribí una póliza de seguros que cubría los posibles daños a mi despacho y archivos, y firmé también un seguro de vida a mi nombre.

Como dato sentimental diré que, en caso de que yo muriese, Sheila Miranda percibiría la bonita cifra de cien mil dólares.

CAPÍTULO VII

Durante los días siguientes, Sheila y yo estuvimos entrevistándonos en los lugares más insólitos: en la escalera de incendios del edificio donde ella vivía, en la terraza superior de la casa, en lejanas y poco transitadas carreteras, en los pasillos del elevado..., e incluso en la *toilette* del servicio de señoras de un conocido hotel.

Sin embargo, todas aquellas precauciones se demostraron inútiles.

No sucedió nada importante. Mi despacho seguía indemne, y yo no recibí ningún mensaje de Glen Palmer.

Llevábamos ya así un mes. Yo no vivía muy tranquilo, y la oficina estaba muy descuidada, con montones de trabajos por mecanografiar, puesto que no contaba con la inestimable ayuda de Sheila.

—¡Déjame volver contigo! —suplicaba ella, en cada nueva entrevista.

Pero yo temía demasiado por Sheila para acceder a sus continuas súplicas.

—Esperemos unos días aún —solía responder—. Ya veremos... No acababa de fiarme.

Porque conocía a Palmer lo suficiente para saber que él siempre cumplía lo que prometía.

Yo llevaba constantemente mi revólver preparado en el bolsillo, dispuesto para cualquier atentado contra mi persona.

Me detenía ante los escaparates para comprobar si alguien me seguía, daba vueltas y vueltas en coche cuando acudía a mis citas con Sheila y... en resumen, vivía en un perenne estado de nervios.

Y lo peor es que no ocurría nada.

Por supuesto, la tensión a la que estaba sometido me impedía cumplir adecuadamente con mi trabajo, lo que iba en perjuicio de

los intereses de mis clientes.

Una noche de mediados de febrero volví a ponerme en contacto con Elliot Borkman, del FBI.

—¿Sabe algo acerca de Glen Palmer? —le pregunté.

—Sí. Se comporta de un modo absolutamente normal. No ha vuelto a ponerse en contacto con los Welles, ni ha visitado las instalaciones de su antigua editorial que, como usted sabe, funciona ahora con el nombre de Ediciones del Oeste.

—¿No trabaja, no hace nada? —insistí.

—Oh, sí, está desarrollando una actividad admirable. Ha alquilado toda una planta en un moderno edificio de Risk Street, y ha creado una editorial registrada con el nombre de Good

Luck & Boldness

[2] Limited, y se ha lanzado a editar revistas.

—¿Eróticas? —pregunté inmediatamente.

—No, no. Se trata de publicaciones financieras y políticas, muy alejadas en su estilo de sus anteriores revistas. Parece un hombre dedicado por entero al trabajo. Tal vez la prisión le haya escarmentado.

—Lo dudo —repuse. Y dimos fin a la conferencia.

Me sorprendió el nombre que Palmer acababa de dar a su nueva editorial: Good

Luck & Boldness...

Limited.

¿Suponía aquel título una advertencia para mí, puesto que coincidía con las últimas palabras que yo había dirigido a Glen antes de que se lo llevasen dos policías camino de la prisión...?

Vaya usted a saber.

Pero, a pesar de que todo parecía claro, lo cierto es que me sentía como sobre ascuas. Presentía algo. Algo indefinido, pero mil veces peligroso, amenazador.

¿Qué era?

No lo sabía, pero mi estado de inquietud iba en aumento día a día. Una mañana recibí la visita de una cliente.

Se trataba de la señora Evelyn Dorford, que llegó acompañada de una bella chica rubia de unos catorce años.

También la señora Dorford era rubia y muy atractiva, a pesar de sus cuarenta años.

Sólo una cosa afeaba sus bellas facciones: una mancha negra en el pómulos derecho, que ella procuraba disimular con el maquillaje.

La señora Dorford, que parecía seriamente preocupada, me dio algunas explicaciones previas: su esposo era ingeniero de obras públicas, y se encontraba en aquellos momentos en Santa Rosa, donde dirigía las obras de un gran paso subterráneo anexo a la autopista.

—Me he permitido dar a mi marido su número de teléfono, señor Martin, puesto que no sabía cuánto tiempo emplearía yo en esta entrevista con usted —añadió.

Le dije que había hecho perfectamente, y la animé a explicarme el motivo de su visita.

—Mi hija sufrió el asalto de un maníaco hace poco más de un mes —confesó mientras acariciaba los cabellos de su hija—. El individuo la sujetó con fuerza e intentó... Bien, ya sabe usted. Denunciamos el caso a la policía, pero no encontraron a ese tipo.

Diez días después, según la señora Dorford, Caroline —la preciosa adolescente que la acompañaba— había llegado a casa sollozando, y con las facciones cubiertas de hematomas y arañazos.

—Salí corriendo a la puerta y le vi. Acechaba entre los altos setos que circundan nuestro jardín. Era un tipo de unos cincuenta años, barbudo, de ojos hundidos... Volví al teléfono, y llamé inmediatamente a la policía. Pero entre tanto, aquel horrible individuo huyó.

La policía había vigilado el hotelito y los alrededores durante una semana. Pero el maníaco no se había hecho presente, y la policía optó por abandonar la vigilancia para atender otros casos o servicios más urgentes.

—Anoche volvimos a verlo, siempre acechando entre los setos. Jack, mi esposo, sacó su pistola de un armario, y salió al jardín a la carrera, pero ese peligroso perturbado sexual debe tener las piernas ágiles, puesto que desapareció en un abrir y cerrar de ojos.

Jack Dorford, el padre de la chica, había vuelto a ponerse en contacto con la policía.

—Un coche patrulla dio unas vueltas por los alrededores aquella noche y... eso fue todo. Al parecer, nadie, excepto nosotros, ha visto al maníaco, y la policía cree que estamos viendo visiones o algo parecido. Sin embargo...

—Siga, por favor —la animé, amablemente.

—En el rostro de Caroline todavía quedan huellas de los golpes de ese peligroso individuo, ¿los ve?

En efecto, en el rostro de Caroline —que parecía un tanto subnormal, a juzgar por la fijeza de su mirada— se advertían unas manchas oscuras.

—Mi hija sufre constantes pesadillas, como consecuencia de los ataques del desconocido perturbado —me explicó la atractiva señora Dorford—. Y no es necesario que le diga que mi esposo y yo vivimos aterrorizados, temiendo que, en cualquier ocasión, ese monstruo sorprenda a Caroline fuera de la casa y...

Me sentí muy impresionado por el relato de la señora Dorford.

Pero uno ha visto tantas cosas en este mundo, que nada de lo que le cuenten le pilla desprevenido.

—¿Qué puedo hacer por usted, señora Dorford? —dije, finalmente.

Evelyn Dorford se enjugó una lágrima con un fino pañuelo que extrajo de su caro bolso de piel de serpiente.

—Jack y yo hemos pensado en contratar a un policía particular, a un detective privado como usted. Lo que no ha conseguido la policía —detener a ese peligroso maníaco—, puede lograrlo un experto como usted, señor Martin. He traído algún dinero...

Evelyn Dorford puso sobre mi mesa dos mil dólares.

—Queremos que usted vigile constantemente nuestra casa, hasta detener al hombre que merodea por los alrededores. Sólo cuando ese sujeto esté a buen recaudo, podremos recuperar la tranquilidad. ¡Por favor, señor Martin! —suplicó, sollozante.

—Cálmese —respondí—. Me ocuparé del asunto.

—Jamás podremos agradecérselo, pero le pagaremos la cifra que usted cite —respondió, anhelante.

Le pedí su dirección y algunos datos complementarios, y le aseguré que elegiría un punto de observación cercano. Luego, le extendí un recibo por dos mil dólares.

Ya se despedían, cuando zumbó el teléfono y alguien preguntó:

—¿La señora Evelyn Dorford? Nos han dado este número.

—Un momento, señora Dorford —alcé la voz—. Una llamada para usted.

Le entregué el auricular. Y sus facciones se tensaron

inmediatamente, y sus labios se entreabrieron, como si le faltara la respiración.

—¡Sí, sí! —exclamó. Y se le escapó un gemido de alarma—. ¡Iré ahora mismo! —Y colgó.

Estaba tan excitada, que temí que fuera a desmayarse de un momento a otro.

—Mi esposo acaba de sufrir un accidente —me confió, forzando su voz hasta convertirla en un susurro, imagino que con el fin de que Caroline no la escuchase—. Un desprendimiento de tierras ha sepultado a varios obreros, y entre ellos se encuentra mi esposo, que ha sido trasladado urgentemente al hospital. Me..., me encuentro en un grave aprieto. No quiero llevar a Caroline al hospital. ¡Lleva unos días tan inquieta!

—No se preocupe —rápidamente me hice cargo de la situación—. Yo cuidaré de Caroline hasta que usted vuelva.

Me dio las gracias con torpes palabras, pues se excitaba por momentos, y me recomendó en voz baja:

—Sáquela a dar un paseo. ¡Le encantan las golosinas! No le causará muchas molestias..., ¡es una niña tan tranquila!

Escapó de mi despacho, a toda velocidad.

Luego yo miré a Caroline, que continuaba al otro lado de mi mesa, con la vista perdida en algún lugar remoto, y le dije con evidente torpeza:

—Mamá ha ido a hacer un recado, y tú vendrás con el bueno de Chad a dar un paseo y a saborear un gran pedazo de tarta, ¿eh, Caroline?

No respondió a mis palabras. Pero se dejó llevar, sumisa, de la mano, cuando la saqué del despacho.

Tomamos el ascensor, pues mi despacho de entonces estaba situado en una planta novena, y ocupamos el aparato en compañía de otras cuatro personas más, todos ellos habitantes o empleados del mismo edificio, que me miraron un tanto sorprendidos al verme en compañía de una adolescente de catorce años.

Poco después, entramos en un *drug* próximo, y compré un trozo de tarta a la niña, mientras yo me tomaba una cerveza.

Me disgusté un tanto al comprobar que Caroline no se molestaba siquiera en probar la tarta, pero finalmente me encogí de hombros, más seguro ya de que aquella niña padecía alguna anormalidad.

«Quizá esté asustada», pensé.

Volvimos a mi despacho, media hora después.

Saqué las llaves, introduje una en la cerradura, mientras dirigía una rápida mirada a Caroline, y pronuncié un tonto:

—Y ahora tú y yo vamos a esperar pacientemente a mamá.

Fue lo último que dije, porque, en cuanto hube penetrado en el interior para encender la luz, sentí un violento trastazo en el cráneo, y caí al suelo redondo.

CAPÍTULO VIII

Y al fin, desperté.

O, mejor, me hicieron volver en mí tan bruscamente como me habían enviado al mundo de la Nada.

Alguien me zarandeaba por un brazo con tanta fuerza que mi cabeza, dolorida, estuvo a punto de reventar.

Abrí los ojos con pesadez.

El que me zarandeaba era un policía de uniforme.

Más allá, en la puerta, estaba su compañero y a mi derecha la señora Dorford gritaba y sollozaba, todo al mismo tiempo:

—¡Mi hija, quiero saber dónde está mi hija...! Aspiré el aire con ansia.

Mi olfato captó un penetrante aroma a alcohol.

—*Whisky* —murmuré torpemente.

—¿Qué imaginaba? —Gruñó el agente que me sujetaba—. Está materialmente empapado en *whisky*, por fuera y por dentro.

Ciertamente, mi mente estaba muy embotada, pero no tanto como para no sospechar que en el ambiente flotaba algo oscuro, denso, peligroso... para mí.

Me pusieron en pie de un empujón, y sentí un amago de náusea.

Un segundo después, estaba arrojando fuera de mi estómago el bocadillo que había engullido en el *drug*, en presencia de Caroline.

—Va a decirnos dónde está la chica —exigió el policía que me sujetaba, una vez me hubo apartado del lugar donde acababa de vomitar.

—Curioso... —murmuré—. Eso mismo me presunto yo.

También era curioso que yo hubiera bebido una sola cerveza en el *drug*, y ahora me sintiese tan borracho como una cuba.

¿Cómo era posible...?

La señora Dorford, entre tanto, seguía escandalizando con sus gritos y chillidos, al otro lado de la mesa.

—¡Debí imaginarlo! —chillaba como una posesa—. Tenía expresión... de maniaco sexual. ¡Y yo le confié a mi pobre hijita!

—Señora... Usted está loca —ganguéé.

El agente que me sujetaba me dejó caer bruscamente sobre mi propio sillón, y miró a su compañero de la puerta.

—Registra todo lo que hay en el apartamento —ordenó.

El joven policía se apartó de la puerta, y se dirigió a la cocina y al pequeño dormitorio. Volvió algunos minutos después.

Llevaba algo en la mano, que contemplaba con gran repugnancia.

¡Unos trapos ensangrentados...!

—Es lo único que he encontrado —declaró. Y me dirigió una penetrante mirada. Evelyn Dorford arreció en sus gritos, al ver los trapos manchados.

—¡La ha... asesinado, la ha...! —murmuró. Y su voz se quebró.

Yo traté de incorporarme, pero no lo conseguí, en parte porque el policía que me vigilaba me rechazó de un brusco manotazo en el pecho.

—Pero, bueno... —Logré farfullar con gran dificultad—. ¿Qué significa toda esta comedia?

El agente que estaba junto a mí, resopló con fuerza.

—¿Dónde la tiene? —Gruñó, furioso.

—¿A quién...? —balbucí.

Su enorme puño se elevó. Pero el hombre logró contenerse con un esfuerzo, cuando ya esperaba su puñetazo en pleno rostro.

—Sam, coge esas llaves y abre el armario —indicó a su joven compañero. Sam se aproximó a la mesa y tomó mi llavero.

Tardó demasiado tiempo en abrir el armario. Por mí, transcurrió toda una eternidad, antes de que el policía acertase con la llave adecuada.

Luego tiró de la puerta del armario.

Traté de fijar mi mirada, pues yo lo veía todo borroso. Cayeron al suelo algunas de mis carpetas de plástico.

Y al fin, algo se desprendió de su interior y cayó ante los pies del policía, el cual retrocedió de un salto, sin poder evitar una exclamación de estupor.

Mi visión se tornó borrosa.

Sin embargo, pude oír las palabras de Sam:

—Jim, llama a central, y di que envíen una ambulancia.

Entretanto, yo me esforzaba en aclarar mi visión con furiosos y continuos parpadeos, mientras la señora Dorford se abalanzaba como una loca hacia el agente más joven. Finalmente, logré ver un joven cuerpo tendido ante el abierto armario.

Reconocí a Caroline Dorford, por sus rubios cabellos.

A pesar de mi incomprensible borrachera, no tuve que esforzarme mucho para comprender que la niña estaba muerta.

Estrangulada.

Alrededor de su cuello amoratado se veía... mi propio cinturón. Tragué saliva.

E inmediatamente, mi instinto de conservación me impulsó a tratar de huir locamente, a la desesperada.

Me alcé del sillón, incluso di unos pasos...

El rudo y veterano policía no me permitía ir más allá. Interpuso su pierna entre las mías, y me derribó cuan largo soy.

En seguida me alzó del suelo y... ahora sí. Su enorme puño se abatió sobre mí y volvió a derribarme de un feroz puñetazo entre los ojos.

Brilló una luz fulgurante en mi cerebro y luego... nada.

Todo aquello era una locura.

Durante las setenta y dos horas que permanecí en la comisaría, incluso yo mismo había llegado a sospechar si no estarían en lo cierto quienes aseguraban que yo había violado y asesinado a Caroline Dorford.

Sin embargo, todavía conservaba algunos recuerdos lúcidos.

Una y otra vez, había repetido ante la policía las mismas palabras:

—La niña no quería tomar la tarta y decidí volver con ella al despacho...

—Naturalmente, usted tenía bien urdido ya su plan, Martin —me atajaban a gritos.

—¡Déjenme hablar! —gritaba yo desesperadamente.

—¿Para qué? Tratarás de repetir el mismo cuento: subiste con la niña a la novena planta y, cuando penetraste en el apartamento, alguien te golpeó en la cabeza —me decían, irónicamente.

—Todavía tengo un buen chichón en la cabeza —rugía yo, palpando mi cráneo, lastimado—. ¿Creen que me lo hice a mí

mismo?

—¿Por qué no? Después de tu crimen, comprendiste todo el alcance de tu monstruosidad. Te emborrachaste, para embotar tus sentidos, te caíste, te golpeaste, consciente o casualmente...

Yo luchaba con todas mis fuerzas.

—Eso es estúpido. Si yo fuera un criminal, hubiera huido. Mis argumentos valían de bien poco.

La policía argüía evidencias contra mí: el cadáver de Caroline, la niña que me había confiado su madre, impulsada por la urgencia, aquellos pañuelos míos, manchados de la sangre de la inocente muchacha, mi cámara «Nikkon», impresionado el carrete con treinta y seis *poses* de Caroline... desnuda, teniendo como fondo el almanaque colgado en una de las paredes de mi despacho.

Mis huellas dactilares estaban en la cámara fotográfica, en mis llaves, en una pulsera de la niña, en todas partes.

No había salvación para mí, era evidente.

Yo necesitaba pensar, ¡pensar!, ¡PENSAR!, con toda urgencia.

Pero ¿quién puede pensar cuando se encuentra rodeado por cinco vociferantes policías, aguantando en los ojos el chorro luminoso de un potente foco?

Llevaba setenta horas sin dormir, sin comer, sin... respirar.

Y entonces, mareado, hundido, apareció ante mí un rostro conocido.

¡Era Glen Palmer!

En cuanto le vi, un resorte oculto zumbó en mi cerebro.

Palmer era el culpable de mi desgracia, él me había preparado cuidadosamente una encerrona mortal.

Palmer dijo:

—No quise descubrirle en aquella ocasión, porque hubo un tiempo que Chad Martin era amigo mío. El me llevó a la prisión... No voy a seguir protegiéndole ahora. En efecto, este hombre me vendió, en muchas ocasiones, fotografías de adolescentes desnudos, de ambos sexos.

CAPÍTULO IX

Al cumplirse el cuarto día, pude ver, al fin, a mi abogado.

Jeff Braines no me dio muchas esperanzas. ¡Porque realmente hubiera sido estúpido hacerme concebir ilusiones!

—Creo que la única forma de aminorar la pena que pueda serte impuesta es... confesar —dijo, con voz grave.

¡Confesar!

En varias ocasiones había estado a punto de decir:

—¡Sí, yo la violé, sí, yo la maté...!

Aunque sólo fuese para que los policías me dejaran tranquilo.

Algo, sin embargo, se rebelaba en lo más profundo de mi corazón. No, no tenía nada que confesar, ¡no podía confesar!

—Soy inocente —declaré a Braines—. No puedo añadir nada a lo que ya he dicho. Si me dejan descansar durante unos días, estrujaré mi cerebro hasta que se me ocurra alguna solución.

Braines me miró con lástima y se marchó.

Yo ansiaba la presencia de Sheila, necesitaba desahogarme con ella, recibir su consuelo y sus caricias.

Pero no pude verla hasta dos semanas después, cuando ya las diligencias de mi proceso estaban muy adelantadas.

Al fin, fui trasladado desde mi celda al locutorio, custodiado por dos vigilantes. Vi a Sheila a través de gruesos cristales irrompibles.

Ella era esbelta y grácil, pero ahora había perdido peso ostensiblemente, y sus facciones demacradas reflejaban el dolor y la angustia sufridos durante aquellas dos semanas de separación.

Uno de los vigilantes me indicó que debía sentarme en un banquillo y tomar un auricular para comunicarme con mi vigilante.

Me senté y Sheila hizo otro tanto, tras los cristales de separación.

—¡Chad...! —murmuraron sus labios.

Intenté sonreír para llevar un poco de ánimo a su espíritu.

—¿Qué tal estás, pequeña?

—Estoy bien —respondió—. Pero eres tú el que importa. Quiero que me cuentes algunas cosas... Hablé con Jeff Braines, pero no fue muy explícito. Tal vez no quería asustarme...

Le conté todo lo que sabía, de la forma más rápida y concreta posible, puesto que nuestra comunicación sólo duraría diez minutos.

—Creo en ti, Chad. Sé que eres inocente —pronunció ella, con calor.

Yo también me sentí confortado por su fe. Pero inmediatamente mi ánimo se deprimió, al considerar que podía perder a Sheila para siempre.

Luego, el tiempo de comunicación terminó, y Sheila apenas tuvo oportunidad de decirme que haría todo lo posible por verme al día siguiente.

De todas formas, su presencia fue, para mí, como un soplo de aire puro en una atmósfera corrompida.

Desde la comisaría, me habían trasladado a un centro de detención, situado en el área de Los Ángeles. Se trataba de una prisión moderna y funcional, donde me tendrían hasta la vista del juicio.

En mi celda, no podía ver más que a los vigilantes que se turnaban en el pasillo, pero al menos me permitían descansar y reflexionar.

Pensaba, pensaba y pensaba durante dieciocho horas al día, buscando desesperadamente una solución para mi dramática situación.

Estaba ya firmemente convencido de que Glen Palmer era el responsable. El había urdido aquella trampa, inexorablemente dispuesta para atraparme a mí.

Mi error había consistido en imaginar que Glen iba a vengarse de mí de una forma directa y violenta. Yo había esperado que me enviase a un par de matones, tal vez que me ametrallasen en plena calle o me atropellasen en algún cruce...

Pero no. Palmer era mil veces más refinado y maligno. Su venganza consistía en buscarme un «crimen a la medida».

¿Y qué crimen más impresionante que la violación y asesinato de una menor?

Minuto a minuto, paso a paso, fui reconstruyendo mentalmente todo lo sucedido el día en que Evelyn Dorford se presentase en mi despacho, acompañada de su hija Caroline.

Si, como yo suponía, todo era una trampa, Evelyn Dorford era una farsante.

Por supuesto que Caroline no debía ser hija suya. ¿Qué madre, por desalmada que fuese, iba a permitir que su hija fuese bárbaramente inmolada?

La niña había sido violada antes de morir estrangulada. Y todo ello en el espacio de tiempo que medió entre el instante en que fui derribado de un golpe en la cabeza, hasta que, noventa minutos después, recobré el sentido.

Pero antes, mientras yo permanecía desvanecido, habían utilizado mi «Nikkon» para fotografiar a Caroline, desnuda.

Que la niña era una subnormal saltaba a la vista, puesto que una chica en su sano juicio no hubiera permitido aquellas fotos, por las buenas.

—Que Caroline fuese subnormal, sólo vendría a complicar las cosas para mí, puesto que ello sería aprovechado por el fiscal como una circunstancia agravante —me dije, cabizbajo.

Volví a ver a Sheila al día siguiente. Parecía tan preocupada, que en seguida le pregunté:

—¡Vamos, dilo! ¿Qué ocurre?

Me contempló con gran ansiedad.

—Nada —respondió, al fin, pero desvió sus ojos de los míos—. Sencillamente: me produce una gran angustia verte en esta situación.

—Tenemos que permanecer serenos, querida —le dije—. ¿Querrías hacer algo a mi favor, Sheila?

—¡Lo daría todo por verte fuera de la prisión, libre! —exclamó con gran fervor. Y rompió en sollozos.

—Cálmate, por favor, o el tiempo se nos irá inútilmente —supliqué—. Quiero que investigues a la familia Dorford, es decir, a Jack y a Evelyn Dorford. Necesito saber si, en verdad, Caroline era hija de ambos. Si la dirección que Evelyn me dio es buena, deben vivir en el 657 de Laredo Road. ¿Crees que podrás hacerlo?

—Lo haré —prometió, aguantándose las lágrimas.

Se marchó, pocos minutos después. Y yo fui devuelto a mi celda,

embargado por la amargura y la desesperanza.

Aquella misma tarde, un empleado judicial llegó a la prisión para comunicarme la petición fiscal para mi causa: pena de muerte.

Volví a mi celda, pálido y angustiado.

¿A qué negarlo? Aunque trataba de mantener mi entereza con un gran esfuerzo de voluntad, mi ánimo se vino al suelo e incluso las rodillas comenzaron a temblarme.

Sin embargo, y aunque inconscientemente, yo había esperado algo semejante.

La pena de muerte.

Me dejé caer sobre mi camastro y cerré los ojos.

Si me condenaban a muerte, no debía hacerme muchas ilusiones.

Tras la ejecución de Gilmore, en Salt Lake City, se habían ejecutado otras once penas de muerte, en diversos Estados.

Todavía existían muchos sectores, en nuestro país, partidarios de la pena máxima.

Y en California, precisamente, uno de los que se habían manifestado públicamente a favor de las ejecuciones era... el senador Richard Wells.

Palmer poseía medios para excitar la opinión pública en contra de mí: sus revistas. Pero, además, tenía una baza decisiva: su socio, el senador, qué presionaría al gobernador para que denegase mi indulto. O lo que es lo mismo, la conmutación de la pena capital por la de cadena perpetua.

Sonreí, tristemente.

Yo me había burlado muchas veces ante la pantalla del televisor, cuando el argumento de la película o telefilme trataba, precisamente, de algún dramático error judicial.

—Esto sólo se ve en el cine —era mi opinión—. En la vida real no ocurren esos desgraciados casos. La justicia posee recursos para llegar a conocer la verdad.

Y ahora... era yo, precisamente, la víctima de un terrible error. Sólo tenía una esperanza: Sheila.

Ella podía ayudarme muy efectivamente. Si conseguía averiguar que Evelyn Dorford *no era* la madre de la pequeña Caroline, Braines, mi abogado, tendría la oportunidad de dar un giro muy distinto al proceso y, tal vez, para descubrir la superchería montada

por Palmer en torno a mí.

Pero Sheila no vino a verme al día siguiente.

Aquel día mi angustia subió a niveles intolerables.

«Sería preferible perder la razón», pensé.

CAPÍTULO X

Mi abogado se entrevistó conmigo dos días después. Sheila seguía sin dar muestras de vida.

Braines me explicó su tesis para basar mi defensa.

—Es muy fácil —dijo—. Sólo podemos esgrimir esto: psicopatía, locura transitoria.

—Ojalá estuviese loco —murmuré.

—Van a observarte varios psiquiatras, Chad. Pon algo de tu parte, cuéntales locas historias de tu infancia, trata de influir en ellos para que encuentren en ti algún rasgo de locura. Caso contrario...

—Lo sé —le corté con brusquedad—. Me ejecutarán en la cámara de gas. Braines no añadió nada. ¿Para qué?

Yo tenía dos caminos.

Uno: confesar, con lo que tal vez el tribunal se limitase a condenarme a vivir en prisión por el resto de mis días.

Dos: hacerme el loco, convencer a los psiquiatras de que estaba como una cabra. Si tenía éxito, quizá evitase la pena de muerte, pero, de todas formas, me pudriría en prisión.

Casi era preferible dejarse conducir a la cámara de gas. Porque yo, de ninguna forma, resistiría la idea de separarme de Sheila para el resto de mis días.

Había enflaquecido mucho desde la fecha de mi arresto. De mis ochenta y cinco kilos normales, sólo quedaban setenta.

No tenía apetito, apenas probaba el rancho que me servían en mi celda, y me sentía muy débil y decaído.

Mi estado de profunda depresión se agigantaba a cada momento, como consecuencia de la desaparición de Sheila, de cuya última visita distaban ya siete fechas. ¡Toda una semana sin sus noticias, sin su presencia!

—Palmer la ha hecho asesinar —pensaba en los momentos de

mayor desesperación. Imaginaba que Glen Palmer tendría apostados observadores en las proximidades de la prisión. Investigarían a cada persona que viniese a visitar a los presos, tal vez incluso habrían sobornado a algún funcionario de la prisión...

Si habían averiguado que Sheila Miranda venía a comunicarse conmigo, el resto era fácil de adivinar.

Yo estaba hecho un ovillo sobre mi camastro, cuando me despertó un vigilante.

—Vamos al locutorio —dijo—. ¿No cree que debe peinarse un poco? Me animé en seguida.

¿Sheila?

Era ella, en efecto.

Parecía muy agitada, tenía una moradura en la mandíbula, y su chaquetón de ante estaba sucio de polvo y desgarrado.

—¡Pequeña mía, al fin! —exclamé, ansioso.

Sheila trataba de controlar su jadeante respiración.

—Me... han tenido... secuestrada —pudo confesar, al fin, en un susurro.

—Cálmate. Respira profundamente. Luego hablarás —aconsejé. No me hizo caso. Habló a borbotones, jadeante, pero habló.

Me explicó que había ido a Laredo Road a investigar a los Dorford, que la casa estaba cerrada y nadie le abrió la puerta.

—Pregunté a los vecinos... Una señora me dijo que había visto a los Dorford y a la niña en tres o cuatro ocasiones. Según ellos, el matrimonio apenas llevaba un mes ocupando el hotelito. No pudo decirme nada más.

Ya se disponía Sheila a seguir indagando en las casas próximas, cuando dos individuos le cerraron el paso.

—Uno de ellos me detuvo por un brazo y el otro me golpeó en..., en la mandíbula. Desperté en una vieja granja abandonada. Y los dos tipos que me habían asaltado estaban allí, vigilándome.

Le advirtieron que nada le ocurriría si se portaba razonablemente. No iban a tocarla siquiera, no la violarían, no la golpearían ni la asesinarían.

—Según ellos, habían recibido instrucciones de mantenerme en aquella apartada granja, al borde del desierto, hasta nueva orden. Sólo eso. Pero yo ardía en deseos de escapar. Era urgente que me entrevistase contigo, para ayudarte de alguna forma...

Por desgracia, aquellos dos tipos no la perdían de vista un momento. Al anochecer, la esposaron con grilletes de acero a la cama metálica donde debía dormir.

—Los días iban transcurriendo lentamente. Intenté escapar en tres ocasiones, pero sólo conseguí algunos golpes. Puedes imaginarte mi desesperación: a cada momento temía que se celebrase la vista de tu causa, sin que yo pudiese hacer nada para salvarte. Cada dos días, llegaba un *jeep* y nos traía víveres suficientes. Pedí que me trajesen unos periódicos, una radio a transistores, algo en fin para poder, al menos, estar al tanto de la actualidad en Los Ángeles. Pero se negaron sistemáticamente.

Sheila comprendió, por fin, que no conseguiría escapar por la fuerza, sino poniendo en práctica métodos más sutiles.

Al cabo de seis días, los dos hombres y la mujer estaban hartos de aquella alimentación, a base de latas de conserva.

—No te quejes —me dijo uno de ellos—. Tú eres mujer, sabrás cocinar. ¿Por qué no lo intentas? Tenemos carne y pescado.

Junto al pozo situado a unos diez metros de la vieja casa, crecía un frondoso macizo de adelfas.

—En cuanto vi sus flores y sus hojas, se me ocurrió la idea. Les dije que cocinaría, si me lo permitían, y se mostraron encantados. Para el almuerzo les preparé un jugoso guiso de carne de buey congelada. Les gustó muchísimo, de modo que me decidí a llevar a cabo mi plan...

Les dije que si podía sacar agua del pozo para fregar los cacharros, y uno de ellos la acompañó afuera, y permaneció vigilante, con una pistola en la mano.

—Saqué un cubo de agua, me refresqué la cara... y, disimuladamente, arranqué un puñado de adelfas, que tuve que esconder apresuradamente en mi pecho.

Aquella tarde, Sheila preparó un succulento guiso de merluza a la marinera. Además de algunas hojas de laurel, añadió también las hojas de adelfa.

—Y luego llegó la noche, y me ordenaron que pusiera la mesa y trajera la cena. Si a la hora del almuerzo probaron mi guiso de carne con cierta desconfianza, al anochecer atacaron sus platos con gran voracidad e incluso repitieron. Uno de ellos me preguntó si yo no comía... Les dije que tendría que prepararme una cena a base de

fiambres, pues ellos acababan de dar cuenta de la merluza a la marinera.

Los dos individuos habían bebido abundantemente.

Sheila aguardaba, en tensión.

—Temía que se me hubiera ido la mano en las hojas de adelfa[3] y muriesen envenenados —explicó Sheila—. En realidad, no murieron, aunque ambos se pusieron a vomitar, media hora después, y tenían unas facciones tan pálidas, que me sentí impresionada. Uno de ellos se adormiló sobre la mesa, poco después, y el otro quedó tumbado en el suelo, respirando entrecortadamente.

En cualquier caso, las hojas de adelfa habían surtido el efecto que Sheila esperaba.

Paso a paso, ella se fue retirando de la mesa hasta alcanzar el exterior. Vio un *jeep* bajo un galpón, y corrió hacia allá, esperanzada.

—Por desgracia, la llave de contacto no estaba en su lugar, y tuve que alejarme a la carrera, en mitad de la noche. No sabía dónde me encontraba, pero la desolada región que se extendía hacia el Este me recordaba mucho el desierto de Mojave, por lo que supongo que Los Ángeles debía encontrarse hacia el Sudoeste.

Al amanecer, tras una caminata ininterrumpida, Sheila divisó la carretera Sesenta y Seis.

—Un camionero me recogió y me trajo hasta Glendale, donde tomé un taxi y vine aquí directamente —terminó.

Miré el reloj del locutorio: nos quedaban dos minutos de comunicación.

Sheila me mostró disimuladamente un papelito al otro lado de los cristales, de forma que el vigilante no pudiera verlo.

Se trataba de una cartulina, sobre la que Sheila había escrito con letra diminuta y apretada:

«Lo he venido pensando por el camino: la situación es desesperada, y exige soluciones desesperadas. He decidido prepararte un plan de fuga desde el Palacio de Justicia, puesto que la vista de tu causa se celebrará en fecha próxima, y no disponemos de tiempo para seguir investigando a los Dorford. No

volveré a este locutorio hasta que no haya ultimado mi plan, puesto que sería muy arriesgado para mi dejarme ver por los espías de Palmer. Confía en mí. Si estás de acuerdo con el recurso de la fuga, sólo tienes que asentir con el gesto».

Alcé los ojos y la miré con ternura.

Mi situación era desesperada. La verdad es que la única solución estaba, por el momento, en intentar la fuga.

De forma que hice un gesto de asentimiento como me había indicado Sheila.

De todos modos, me sentía muy inquieto. ¿Podría una muchacha de veinte años, sin la menor experiencia en aquel tipo de aventuras, preparar un plan de fuga que reuniera un mínimo de probabilidades de éxito?

—¿Crees que podrás hacerlo? —le pregunté.

—Estoy segura —respondió. Y se despidió con una débil sonrisa.

CAPÍTULO XI

El día catorce de marzo me entrevisté con mi abogado, en el locutorio especial destinado a tal fin.

—La vista comenzará a verse mañana, día quince —me anunció.

Alzó la vista de los documentos que había depositado sobre una mesa y me dirigió una penetrante mirada.

—El diagnóstico de los psiquiatras te es adverso, Chad: han certificado que eres un individuo mentalmente normal —añadió.

—Lo imaginaba —respondí—. No quise rebajarme a hacer el indio ante ellos.

—¿Y no te preocupa? —preguntó, asombrado.

—Es tarde para echarse a llorar, querido Jeff. Esperemos el milagro —contesté. Braines se despidió de mí con una fugaz mirada llena de compasión.

Me devolvieron a la celda.

Había mentido al afirmar... que no me sentía excesivamente preocupado, porque al día siguiente me trasladarían al Palacio de Justicia y... *Sheila no había vuelto a entrevistarse conmigo en la prisión.*

Aquel día transcurrió para mí más rápido que ningún otro. Los minutos, las horas, iban pasando y Sheila no aparecía.

La hora límite para la recepción de visitas a los presos eran las siete de la tarde.

Eran más de las seis y media cuando se abrió la puerta de mi celda, y un funcionario me advirtió que tenía una visita.

Tuve que moderar mi paso a lo largo de los corredores para no volar literalmente hasta el locutorio, tanta era mi ansiedad.

También Sheila parecía anhelante, al otro lado de los gruesos cristales que nos separaban.

Comenzó a hablar en seguida. Sus palabras, intrascendentes y atropelladas, sólo tenían por objetivo distraer al vigilante, que

seguía con gran interés nuestra conversación.

Al mismo tiempo, y procurando cubrirse con mi espalda, Sheila sacó una cartulina manuscrita.

«Todo está preparado —había escrito—. Conozco las dependencias del palacio de justicia con los ojos cerrados, y he probado varias veces el trayecto que hemos de seguir hasta la calle. Dispongo de un buen coche y un buen surtido de disfraces. No estés preocupado. Estoy segura de que todo va a salir bien. Y, en cualquier caso, yo estaré siempre muy cerca de ti...».

Dio la vuelta a la cartulina, mientras parloteaba sin pausa, y leí el resto del mensaje, donde Sheila me describía su plan, de forma esquemática.

Cuando guardó la cartulina, la miré con admiración.

Era indudable que aquella muchachita tenía una mente ágil y despierta, y que poseía una insólita inventiva.

Inmediatamente me sentí más animado.

—Te quiero —le dije cuando ya se despedía.

Se emocionó mucho, porque era la primera vez que yo pronunciaba tales palabras.

—Y yo a ti —respondió, trémula.

El corazón me latía furiosamente cuando fui devuelto a mi celda.

El plan de Sheila era imaginativo y audaz. Sólo necesitábamos suerte.

Pensando en ello, recordé la frase preferida de Glen Palmer: «Suerte y audacia». Sheila y yo íbamos a hacer un derroche de audacia. Sólo nos faltaba la suerte.

Apenas dormí dos horas aquella noche. Hasta las cuatro de la madrugada permanecí desvelado, pensando y pensando.

Temía por Sheila.

Ella había esperado hasta el último momento para asistir al locutorio de la prisión, con el fin de evitar el espionaje de los sicarios de Palmer, para lo cual se había cambiado por completo su atuendo, su maquillaje e incluso el color de sus cabellos, pues había

venido a visitarme con una esplendorosa cabellera rubia.

Si la raptaban, si la anulaban antes del juicio, yo estaría perdido.

Al fin, la sirena de diana me obligó a dar un salto sobre mi camastro. Abandoné el lecho, lo recogí y traté de acicalarme lo mejor posible.

Las horas que transcurrieron hasta dar las nueve fueron de una tensión y una ansiedad insoportables.

Finalmente me sacaron de la celda, me esposaron y me llevaron a lo largo de los pasillos hasta un patio interior.

Los policías que habían de custodiarme hasta el Palacio de Justicia —nada menos que ocho hombres—, me dirigieron una mirada incisiva.

Uno de ellos me cacheó cuidadosamente, y luego me empujaron hacia un gran furgón blindado.

El vehículo se puso en marcha y abandonó la prisión.

Cuatro hombres me vigilaban desde el cubículo trasero, a través de unas rejillas. Delante, en la cabina, viajaban otros cuatro policías.

Me habían sujetado con nuevas esposas al banco de hierro sobre el que me habían obligado a sentarme, supongo que con el fin de evitar que yo intentase suicidarme, arrojándome de cabeza contra las gruesas planchas blindadas del vehículo.

—Un gran lujo de precauciones —murmuré para mí.

Mi respiración se había hecho más rápida y forzada, y el ritmo de mi corazón era muy veloz.

Poco después mi estómago se encogería aún más.

Cuando nos aproximábamos al Palacio de Justicia, advertí que el furgón avanzaba muy despacio.

Algunos policías motorizados escoltaban a mi poco confortable vehículo, al tiempo que las sirenas aullaban estridentemente.

Vi una gran multitud que llenaba las aceras, e incluso irrumpía en la calzada.

Dirigían gritos destemplados hacia el furgón, y agitaban los puños con ademanes furiosos.

No hacía falta ser muy listo para comprender que los manifestantes gritaban insultos contra mí.

Sus alaridos llegaban hasta mis oídos, a pesar del estrépito.

—¡Asesino...!

—¡Irás a parar a la cámara de gas, Martin!

—¡Nadie te salvará, los monstruos como tú no merecen perdón...!

Escuché muchas palabrotas más, las cuales no cito aquí por no ofender a mis lectores. Sentí miedo, un miedo frío, intenso, capaz de helar la sangre en las venas.

Ahora comprendía por qué me custodiaban ocho fornidos policías, por qué me trasladaban en un furgón blindado a prueba de bombas y balas... *Para evitar que la multitud me linchase.*

Yo ignoraba muchas cosas, que Sheila y Braines me habían venido ocultando para no alarmarme.

Ignoraba, por ejemplo, que se había desatado una violenta campaña contra mí en la Prensa, la radio y la televisión, que los periódicos y locutores me habían llamado «monstruo de lujuria», «criminal sin entrañas», «devorador de inocentes» y otras lindezas por el estilo.

Yo no sabía que todos los periódicos y revistas pedían mi cabeza, y que la mayoría de los diarios y publicaciones conservadoras insistían —apoyándose en mi caso— en la necesidad imperiosa de instaurar de nuevo la pena de muerte, sin paliativos.

Tampoco estaba en conocimiento de que, durante los últimos días, se habían producido ingentes manifestaciones alrededor de la prisión. La noche anterior habían llegado incluso a intentar un asalto a la prisión, con el designio de lincharme, aunque los violentos manifestantes habían sido rechazados por fuerzas antidisturbios.

La ciudad de Los Ángeles vivía unos días de constante agitación callejera. Y el responsable de ello —tal decían los diarios— era un degenerado asesino, llamado Chad Martin.

El furgón blindado había conseguido abrirse paso hasta el Palacio de Justicia, para lo que fue preciso establecer una barrera de agentes antidisturbios alrededor del vehículo.

Se abrió un gran portalón, y el automóvil penetró en un patio interior del edificio de justicia.

Rápidamente, se abrieron las puertas posteriores y fui sacado del furgón por cuatro policías, y me cubrieron con su cuerpo, mientras otros agentes armados de rifles vigilaban con atención incluso hacia los tejados colindantes.

Uno de los agentes que me arrastraban hacia una escalera de piedra me miró con desprecio y barbotó:

—¡Y pensar que estamos expuestos a que nos claven una bala por la espalda para proteger a este cerdo...!

Mis dientes chirriaron de rabia y de humillación. Pero yo no podía hacer otra cosa que dejarme llevar.

Me condujeron a lo largo de un pasillo, y me introdujeron en una pequeña habitación, donde me obligaron a sentarme sobre una silla.

Los policías jadeaban: también ellos estaban asustados.

El rumor de los gritos de la muchedumbre, más atenuados, llegaba incluso hasta la estancia donde nos encontrábamos.

Por fortuna, y dada la índole del delito que me achacaban, la vista del juicio se celebraría a puerta cerrada, lo que limitaba, de alguna forma, el riesgo de ser linchado por la colérica multitud.

Quince minutos después me hicieron comparecer en la sala de justicia.

Sólo asistirían a la vista algunos periodistas especialmente autorizados, algunos juristas extranjeros como observadores, el jurado y los magistrados, y testigos de la acusación y la defensa.

Me bastó dirigir una mirada a los rostros tensos y duros de los componentes del jurado para comprender que no debía esperar piedad de ellos.

En realidad, todos me contemplaron durante los primeros minutos, con una cólera fría y reprimida.

La vista comenzó a las diez de la mañana. El fiscal, George Clakman, al que los periodistas llamaban El Zorro, comenzó presentando las pruebas.

Fue una jornada abrumadora para mí.

Tuve que escuchar los hipócritas hipidos de Evelyn Dorford, sus frases acusadoras, sus terribles insultos hasta... que fingió un desmayo, y el presidente del tribunal ordenó que la sacaran de la sala.

Desfilaron también las personas que me habían visto en compañía de Caroline en el ascensor, y el dueño del *drug* donde le compré el pedazo de tarta... Y también Glen Palmer.

Le dirigí una mirada en la que se condensaba todo mi odio. Pero él sonrió con aire de suficiencia, y contestó con voz serena a todas

las preguntas del fiscal.

Declaró que yo le había impulsado a dedicarse al negocio de la pornografía, que yo había sido su proveedor de fotos, que...

Cuando terminó su intervención, y el fiscal le ordenó retirarse, Glen procuró pasar muy cerca de mí.

Sonrió de forma hiriente y murmuró:

—Suerte y audacia, muchacho. Al fin y al cabo, la cámara de gas no es sino un mal trago que sólo dura unos escasos minutos.

Me puse en pie impulsivamente, pero los policías más próximos a mí me devolvieron a mi asiento, sin gran amabilidad.

La vista se interrumpió a la una del mediodía, para proseguir a las tres de la tarde. Braines se apartó de mí, con el rostro sudoroso y demudado.

A mí me devolvieron al cuartucho donde había aguardado el inicio del juicio.

Un empleado del palacio de justicia penetró poco después en aquella estancia, y entregó a los policías una bandeja con mi almuerzo.

Tenía el estómago vacío, y necesitaba alimentos con urgencia, pero el agente que había tomado la bandeja sonrió ferozmente y dijo:

—No es justo que los honrados contribuyentes gasten su dinero en alimentar a un cerdo como tú.

Y vertió la comida en una vieja papelera metálica.

CAPÍTULO XII

Me temblaban las piernas cuando me llevaron de nuevo a la sala de justicia. Fueron compareciendo el jurado, el juez, el resto de los asistentes...

Jeff Braines, pálido y demudado, dio inicio a su defensa.

A falta de pruebas en las que basar su actuación, sólo restaba emplear una oratoria brillante y convincente.

Lo hizo muy bien, es cierto.

Pero yo estaba contemplando las expresiones de los componentes del jurado que escuchaban a mi defensor como quien oye llover.

A las siete menos cuarto de la noche había oscurecido por completo. En realidad, la luz eléctrica brillaba en la sala desde las cinco de la tarde.

El juez instó al jurado a retirarse a deliberar.

Los doce hombres *justos* sólo tardaron cinco minutos en coincidir en su veredicto, tras lo cual volvieron a ocupar sus puestos en el estrado de la derecha.

Eran las siete menos diez, y yo aguardaba en absoluta tensión. El juez se disponía a hacer la pregunta de ritual:

—¿*Culpable o inocente?*

No llegó a pronunciar aquellas palabras. En aquel justo momento, las luces se apagaron y todo quedó a oscuras.

Yo esperaba aquel instante, y estaba prevenido.

De un empujón derribé a los dos policías que tenía delante y salté sobre ellos con las manos esposadas, puesto que el juez se había negado al requerimiento de mi abogado, en el sentido de que me fueran retiradas las esposas.

Inmediatamente, se armó una tremenda confusión. Los asistentes gritaban y preguntaban con voz irritada, a qué se debía aquel apagón.

Entre tanto, yo galopaba en sentido oblicuo, en medio de la oscuridad. Por fortuna, no tropecé con nadie.

En aquel momento, y para aumentar la confusión y el desorden desatado en la sala, un bote de humo estalló a mi espalda.

Alguien me tomó por la mano, en las tinieblas. Una mano suave y fría: la de Sheila.

Me guió, sin dudar un momento, a través de los pasillos, y me introdujo en una estancia.

Encendió una linterna, y me miró. Jadeaba, pero sus ojos brillaban, vehementes. De su bolso sacó unas tijeras y cortó la cadena de las esposas, que oculté bajo las mangas de mi camisa.

Estábamos en una biblioteca.

No cambiamos una palabra. Los dos sabíamos lo que teníamos que hacer. Y había que hacerlo con toda velocidad, sin perder un solo segundo.

Sheila apartó un rimero de libros y sacó un uniforme de policía. Ella, por su parte, vestía ya un uniforme de policía femenino.

Mientras yo cambiaba mis ropas por el uniforme, Sheila me frotó el rostro con un maquillaje leve, muy oscuro.

Un momento después, me ponía la gorra de sargento, y abandonábamos la biblioteca. Corrimos cuánto pudimos. A nuestra espalda sonaban gritos y silbatos estridentes. Descendimos una escalera, alcanzamos un garaje.

Alguien nos enfocó con una linterna en la oscuridad.

—¡Alto, deténganse! —gritó.

La sangre se heló en mis venas.

Pero Sheila me impulsó suavemente adelante, y encendió también su linterna.

La persona que nos impedía el paso era un hombre uniformado, posiblemente el vigilante del garaje.

—El preso ha escapado, aunque es posible que no haya ganado la calle aún —explicó en voz alta.

El hombre se relajó un tanto al ver nuestros uniformes de policías.

—¡Uf! —resopló, bajando su revólver—. Por un momento pensé...

—No piense y cierre los portones del garaje, en cuanto hayamos salido —dije con voz enérgica—. Si aún está dentro, el preso podría

utilizar el garaje como vía de escape.

Cruzamos resueltamente junto a él, con paso vivo, pero sin apresurarnos.

Detrás de nosotros se cerraron los portones eléctricos. ¡El vigilante había tomado mi advertencia al pie de la letra!

Los alrededores del palacio de justicia seguían rodeados de una fuerte vigilancia policial. Y las turbas, en número de unas dos mil vociferantes personas, seguían plantadas en las inmediaciones.

Cruzamos ante la policía y rebasamos a los manifestantes.

A mí no me llegaba la camisa al cuello, a pesar de que avanzaba resueltamente, con paso firme y decidido.

Pero cuando crucé entre las gentes, que pedían la cabeza de Chad Martin, noté esa especialísima sensación de «ponerse los cabellos de punta».

Sheila me vigilaba, atenta. Y su presencia me dio ánimos.

Miré el reloj. Eran las siete menos cinco minutos. Nos habían bastado exactamente cuatro minutos y treinta segundos para llevar a cabo la audaz operación «Fuga».

Sheila me guió velozmente hacia una callejuela próxima.

Allí, aparcado próximo a la esquina para huir sin perder tiempo, estaba el «Mustang» que había alquilado el día anterior.

Subimos y nos alejamos.

—¿Y ahora? —pregunté, tenso—. Dentro de unos minutos toda la policía de Los Ángeles estará a la caza de Chad Martin...

—Tranquilízate. —Sheila conducía a gran velocidad hacia el Nordeste—. He descubierto una buena madriguera, e incluso he llevado allí algunas provisiones y ropas. Se trata de un viejo palacete abandonado, situado en la zona Norte de Hollywood Boulevard. Vamos a refugiarnos allí.

Antes de que alcanzásemos la importantísima arteria que cruza la ciudad a lo largo de muchos kilómetros, advertimos que la policía comenzaba a establecer controles.

—Ya están sobre aviso —murmuré, excitado—. Me buscan ya.

Por fortuna, Sheila sabía muy bien lo que se podía hacer con el volante de un coche potente y veloz en las manos. Por otra parte, conocía muy bien la ciudad de Los Ángeles.

Cuarenta y cinco minutos después, abandonábamos el coche en una discreta calle lateral, y alcanzábamos a pie Hollywood

Boulevard.

El palacete a que se refería Sheila estaba situado en la esquina. Era un viejo, aunque bello, edificio de principios de siglo, rodeado por un jardín tomado al asalto por los hierbajos y los cardos de dos metros de altura.

Su aspecto era deprimente. Los vidrios de sus ventanas estaban rotos, como apollillados, y sus maderas, carcomidas y reseca.

Cuando saltamos furtivamente la balaustrada de piedra y cruzamos el jardín, escuchamos los chillidos de las ratas entre la seca maleza.

Nos introdujimos en la casa a través de un destartelado ventanal.

A la luz de la linterna de Sheila, cruzamos un gran salón, decorado a la usanza de 1910. Vi un rostro reflejado en un viejo espejo con marco dorado, y retrocedí de un brinco.

—Calma —susurró Sheila, tomándome por un brazo—. Eres tú mismo, querido.

Solté una carcajada nerviosa... Había olvidado el maquillaje oscuro que Sheila había aplicado sobre mi rostro, y ahora mi cara recordaba mucho a la de cualquier aborigen de Centroáfrica.

Sheila me guió a lo largo de aquellas habitaciones, y ascendimos por una escalera de madera, cuyos peldaños crujieron de forma alarmante.

En el piso superior había una única habitación que conservaba su puerta en condiciones. Incluso tenía pestillos y un cerrojo para cerrar por dentro.

—Por eso la elegí —susurró Sheila. Y señaló con un gesto las mantas y las dos maletas que ocupaban un rincón. También había una mesa destartalada y dos sillas renqueantes.

—Eres la mejor mujer del mundo —dije, profundamente emocionado.

Y atraje a Sheila por la cintura y la besé apasionadamente en los labios.

A la luz de la linterna, vi que mis labios habían dejado una oscura mancha alrededor de los suyos, como consecuencia del maquillaje.

Rompí a reír nerviosamente.

Las carcajadas desahogaron notablemente mi tensión nerviosa. Y

Sheila rió también, cuando se contempló en su espejo de bolsillo.

Sin embargo, nuestra situación no era para bromas. Toda la policía de Los Ángeles estaría ya tras mis huellas. Miles de hombres, bien entrenados, curtidos, y duros en la tarea de perseguir criminales.

Si me encontraban... tirarían a matar, de ello estaba seguro.

Pero también me preocupaba mucho la suerte de Sheila. Y se lo dije, mientras ella disponía un elemental lecho sobre el suelo.

—Temo por ti, pequeña. Imagínate que llegaran a descubrir que tú me ayudaste en mi fuga... Nadie te libraría de unos cuantos años de cárcel.

No se inmutó.

Apoyó graciosamente sus manos en las caderas y respondió:

—Tú eras y sigues siendo lo más importante, Chad. Corrías un gravísimo peligro, y yo no podía quedarme cruzada de brazos... Hice lo que sabía y podía hacer. Por otra parte, nadie me ha visto ayudarte. Penetré en el palacio de justicia con mi uniforme de policía femenino, y nadie me vio dejar tu disfraz en la biblioteca ni tampoco destrozar a golpes el cuadro eléctrico del edificio.

Quedé admirado de su entereza.

—Pero... ¿cómo conseguiste conocer palmo a palmo cada dependencia del edificio de justicia? —pregunté, lleno de estupor.

—Elemental, querido Chad. El uniforme me abrió todas las puertas. Había que pensar en un modo de salvarte, y puse todo mi interés en ello. Aún no estás a salvo, pero al menos te tengo conmigo —susurró.

La volví a besar, lleno de ternura.

Las piernas se me doblaron y sentí un vahído. Ella me sujetó, solícita, por la cintura.

—¡Chad! —exclamó ella, alarmada—. ¿Qué te ocurre? Conseguí plegar mis labios en una sonrisa.

—No te asustes. Sólo necesito... comer —respondí—. Llevo en ayunas algo más de treinta horas.

Me miró y... ¡se le saltaron las lágrimas!

Yo me dejé caer sobre una de aquellas renqueantes sillas, y Sheila se dispuso a prepararme rápidamente unos cuantos bocadillos.

Luego ella se sentó junto a mí y apagó la linterna.

—Es aconsejable que no la encendamos, de noche, más que durante los momentos más imprescindibles —advirtió.

Comimos a oscuras, muy próximos nuestros cuerpos, como si necesitásemos darnos seguridad mutuamente.

Y falta nos hacía, ésa era la verdad.

Sheila, precavida, había traído al palacete dos botellas de agua mineral, ocho o diez cervezas y una botella de vino tinto de California.

Como una hormiguita, ella había ido depositando en la vieja residencia todo lo necesario para permitirnos sobrevivir una semana, al menos.

De repente, me sorprendí a mí mismo preguntándome mentalmente si yo sería merecedor del inmenso amor que Sheila estaba demostrándome.

Se lo dije.

Ella oprimió mi brazo dulcemente y dijo:

—¿Cómo puedes dudarlo? Tú me salvaste, querido Chad, cuando yo naufragaba. Sólo puedo reprocharte una cosa: que no confesases antes que me querías. ¿Es que no percibías el ardiente amor que latía en mí?

Acaricié sus mejillas con la mano izquierda.

—¿Sabes una cosa, Sheila? —respondí—. Supe que estaba enamorado de ti mucho antes de que tú volvieres de la clínica Windgard. No te lo dije porque... no quería que te sintieses obligada a mí. Necesitaba comprobar, primero, que tú me amabas también.

—Hemos perdido un tiempo precioso —exclamó ella—. ¡Ojalá podamos recuperarlo algún día...!

La tristeza y la inseguridad latían en sus palabras. Era lógico.

Sheila había permanecido en constante tensión desde el momento en que consiguió escapar de los sicarios de Glen Palmer.

Sólo una mujer de su temple hubiera podido llegar hasta el momento actual, sin desfallecer.

—Lo recuperaremos —dije con tono convincente, aunque el porvenir no podía ofrecernos un panorama más sombrío.

Cuando terminamos de comer, nos tendimos sobre las mantas, uno al lado del otro.

Al principio, yo mantuve conscientemente la distancia entre

nuestros dos cuerpos, pero luego Sheila puso una mano en mi pecho y se aproximó.

Aspiré el aroma de sus cabellos. De aquellos cabellos, brillantes, negrísimos, que ella había sacrificado por mí, haciéndoselos cortar en una peluquería, muy corto, al estilo de un muchacho.

Comencé a enervarme, cuando el tibio calor de su cuerpo joven y sano se comunicó a mi piel.

Sin darnos cuenta, ambos comenzamos a besarnos fogosamente. Y luego, Sheila susurró apasionadamente a mi oído:

—¡Tómame, Chad! Ambos lo necesitamos.

La tomé en mis brazos, y ambos nos fundimos en el frenesí.

CAPÍTULO XIII

Comencé a experimentar la típica sensación de claustrofobia al cabo de los tres días de mi fuga.

Durante el día paseaba por las desiertas y vacías habitaciones, como un león enjaulado, dominando a duras penas mis nervios.

La segunda noche, un auto-patrulla se detuvo junto a la balaustrada del jardín, y su luz destellante color ámbar iluminó los techos de las habitaciones del arruinado palacete.

Inmediatamente me puse en tensión.

Sheila me había entregado el revólver que ella había decidido comprar, cuando consiguió escapar de la granja al borde del Mojave.

Tomé el arma en mis manos y caminé paso a paso hasta una de las ventanas superiores.

—Sospechan algo. Van a registrar la casa. Nos cogerán —pensé. No ocurrió nada.

El coche de la policía permaneció durante quince largos minutos en aquel lugar, y luego se alejó.

Mis nervios estaban duros como cables de acero, cuando volví junto a Sheila.

—¿Qué...? —susurró.

—Nada —respondí en el mismo tono. Y me tendí junto a ella. No había ocurrido nada, pero ¿hasta cuándo?

Habíamos tomado todas las precauciones. No asomarnos a las ventanas, no dejarnos ver por nadie, escapar por la parte trasera a la primera alarma.

Sheila abandonó nuestro refugio por primera vez a los tres días, y ello solamente cuando las sombras del anochecer cubrieron el abandonado jardín.

Necesitábamos agua, algunas bebidas, cigarrillos y... algunos periódicos. Yo ardía en deseos de leer cuantas noticias, sobre mí,

publicase la prensa.

Habíamos acordado entendernos mediante un silbido convenido. Sheila silbaría desde abajo para que yo supiera que se trataba de ella, y no de otra persona.

De todas formas, durante los escasos treinta minutos que ella estuvo fuera, yo me sentí muy tenso y preocupado.

Volvió al cabo, tras emitir un leve silbido desde abajo, con todo lo que había ido a buscar, incluidos los periódicos.

Los leí ávidamente a la luz de la linterna. La policía me buscaba incansablemente, no sólo en California, sino también en el resto de los Estados Unidos.

Ello significaba, al menos, que la policía no tenía la menor idea sobre mi paradero, según supuse.

Tampoco se mencionaba el nombre de Sheila Miranda, lo cual me tranquilizó aún más. De todas formas, había una intensísima vigilancia en carreteras y aeropuertos, por lo que abandonar la ciudad o el país parecía imposible, por el momento.

—Todo va bien —dijo Sheila, con una sonrisa reconfortante.

Dos días después, Sheila volvió a abandonar nuestra guarida. Necesitábamos reponer nuestros víveres. Además, ella quería cambiar mi disfraz, para lo cual tendría que adquirir algunas ropas.

La aguardé anhelante, pero tardó casi una hora en volver, porque había devuelto el «Mustang» alquilado al garaje, para evitar una posible reclamación por parte de su dueño.

En aquella ocasión, mis nervios alcanzaron una tensión terrible. Imaginaba que habían detenido a Sheila, que los policías iban a subir por mí, que me tenían cercado...

—No es humano vivir en este estado de nervios —murmuré, colérico.

Me tranquilicé al oír el silbido de Sheila, y corrí escalera abajo para estrecharla en mis brazos, lleno de ansiedad.

Aguantamos aún tres días más. Una tarde comenzó a llover copiosamente, y la lluvia continuó hasta la noche.

Sheila había bajado a comprar los periódicos y un cartón de cigarrillos poco después de las siete y media, pues corrían los primeros días del mes de abril, y los días iban siendo progresivamente más largos.

Me encontraba en «nuestra» habitación, cuando escuché un seco

crujido de maderas.

¡Alguien subía por la escalera...!

No podía tratarse de Sheila. Ella había salido quince minutos antes tan sólo y, por otra parte, por nada del mundo hubiera olvidado avisarme con su conocido silbido.

Cogí el revólver y abandoné la habitación.

A contraluz, vi una silueta masculina que ascendía la escalera. Quedé rígido como una estatua.

«¡Un policía!», pensé.

Yo estaba dispuesto a todo menos a dejarme atrapar. Así que encendí la linterna e iluminé a aquel individuo.

No era un policía, sino un vagabundo, un mendigo, un tipo barbudo y andrajoso, de unos cincuenta años.

Llevaba una especie de macuto a la espalda, y renqueaba escalera arriba.

—Usted..., ¡márchese! —ordené.

Pero el vagabundo llevaba también una potente linterna y dirigió hacia arriba su chorro luminoso.

—¡Eh, eh, más despacio, amigo! —farfulló—. La casa no es suya. He dormido muchas noches en este lugar, y nadie me molestó, conque...

Llegó hasta arriba y se dejó caer, derrengado, sobre el último peldaño. Me observó con atención, intrigado.

Por mi parte, estaba pensando que había sido una estupidez despojarme de mi guerrera de policía, con lo cual aquel vagabundo se hubiera marchado, echando pestes.

—Oiga, amigo, ¿qué le pasa en la cara? —preguntó de repente.

No lo comprendí en aquel momento, pero Jo cierto era que el maquillaje que me daba apariencia de negro se había borrado en parte, y, bajo la pasta grasienta, aparecía, a rodajes, el color natural de mi faz.

—Márchese —insistí—. Tengo un revólver. Si no se larga...

El individuo recogió su macuto y descendió la escalera, sin murmurar una palabra.

La verdad es que, aunque parecía tullido, se alejó con una facilidad pasmosa, pues cuando yo bajé en pos de él había desaparecido.

Me miré en un espejo, y vi que mi maquillaje estaba borrado

casi por completo.

Mi foto aparecía en las primeras planas de todos los periódicos, y constantemente en las pantallas de televisión.

¿Me habría reconocido aquel individuo?

Me asaltó una gran inquietud porque, si mis sospechas eran fundadas, el mendigo se apresuraría a denunciarme a la policía.

En las últimas ediciones de los diarios, se anunciaba que la cadena de publicaciones

Good Luck & Boldness

ofrecía una recompensa de cincuenta mil dólares a cualquiera que diese una pista que llevara a la detención de Chad Martin.

¡Cincuenta mil dólares...!

Una cifra capaz de tentar a cualquier ciudadano, cuanto más a un mendigo.

Ante el espejo, borré violentamente con un pañuelo los últimos restos del maquillaje en mi rostro.

Inmediatamente subí, me vestí el traje *clergyman* que Sheila había comprado para mí, me encasqueté un sombrero hongo, recogí las cosas más indispensables en una de las maletas y descendí a la planta baja.

Desde una ventana, avizoré, tenso, los alrededores. Transcurrieron lentamente diez minutos. ¡Y Sheila no volvía!

Mis nervios estallaron por fin, cuando escuché el alarido distante de una sirena.

A grandes saltos, atravesé el jardín, salté la balaustrada y corrí a lo largo de la calle transversal, por donde habíamos llegado al palacete ocho días antes.

Di una vuelta a la manzana y volví temerariamente a Hollywood Boulevard.

Desde luego, no estaba en condiciones de desafiar a la suerte, pero yo no estaba dispuesto, de ninguna forma, a separarme de Sheila. Ella volvería antes o después a nuestra guarida, y eso era lo único que me interesaba: reencontrarla.

Me detuve en seco al advertir que media docena de autopatrullas rodeaban el viejo palacete.

Más de treinta policías, armados de metralletas y fusiles, acordonaban el lugar, y en aquel momento estaban situando focos para iluminar la abandonada residencia.

Un grupo de curiosos formaban apiñada concurrencia en la esquina próxima, a prudente distancia.

Caminé hacia ellos. Mi corazón latía tan fuertemente que me detuve a unos metros, temeroso de que aquellas personas adivinasen mi agitación interior.

—¡Sabemos que está ahí, Martin! ¡Salga con las manos sobre la cabeza o comenzaremos a disparar...!

Entonces vi a Sheila.

Estaba junto al muro, empapada por la lluvia, que seguía cayendo, incesante, y temblaba de pies a cabeza.

No temblaba de frío, sino de miedo y angustia.

Me acerqué poco a poco hasta ella, y puse suavemente una mano sobre su hombro.

De todas formas, se sobresaltó. Se volvió de un respingo, me miró y... ahogó un grito, tapando sus labios con una mano temblorosa.

Luego, su expresión se animó..., ¡me había reconocido!

La tomé por un brazo, y la aparté de aquel lugar. Caminamos aprisa bajo la lluvia, hasta que un taxi amarillo cruzó junto a nosotros, con su piloto verde encendido.

Lo detuvimos y nos metimos en el coche.

—Llévenos a la estación del Norte —ordené.

Sheila oprimió una de mis manos, y me dirigió una mirada de interrogación. Pero yo no dije una palabra hasta que el taxi nos dejó en la estación.

La llevé hasta la cafetería, ocupamos una mesa distinta, y le di cuenta de todo lo ocurrido.

—Me salvé por un minuto, Sheila. Ahora no podemos volver allí, ni contamos con ningún refugio hábil. Creo que la única solución, aunque desesperada, es tomar un tren y alejarnos de Los Ángeles. Confíemos en que nadie me reconozca con este bigote, las gafas y el *clergyman* —expliqué.

—A mí me costó esfuerzo reconocerte —confesó ella—. A quienes no te conozcan tan bien como yo, les resultará más difícil.

—Bien —añadí, más animado—. A partir de ahora, yo soy el reverendo Jonás

O'Neill,

y tú eres mi esposa. Terminemos. Me sentiré más seguro en un

compartimiento del tren que aquí.

Salimos.

El momento de suprema tensión tuvo lugar cuando nos acercamos a la máquina expendedora de billetes para sacar dos para el Middle-West *Express*.

Dos policías, armados con metralletas, montaban guardia a uno y otro extremo. No era el momento apropiado para mostrar indecisión.

Había que seguir adelante, costara lo que costase.

Cuatro personas esperaban ante nosotros para obtener sus billetes de la máquina automática.

Los dos policías escudriñaban atentamente las facciones de todos ellos, hieráticos pero atentos.

Finalmente me llegó el turno. Introduje las monedas suficientes haciendo un gran esfuerzo mental para que mi mano no temblase, recogí los billetes de cartulina y... nos apartamos de aquel lugar.

Estuve a punto de saltar de alegría, pero Sheila apretaba mi brazo izquierdo, como recordándome que todavía no habían terminado las dificultades.

Cruzamos un paso subterráneo para llegar hasta el andén correspondiente a la vía siete, donde se encontraba formado el Middle-West *Express*.

Un momento después nos dejábamos caer, derrengados, sobre los asientos de nuestro compartimiento.

Nos miramos fijamente. Nos sentíamos contentos porque acabábamos de pasar un mal trago sin novedad.

Habíamos hecho un derroche de audacia, desde el momento en que Sheila destrozase el cuadro eléctrico del Palacio de Justicia.

La suerte nos había acompañado. Pero seguíamos necesitando desesperadamente de su ayuda.

Y la tuvimos.

Sheila había dejado los periódicos en el taxi y sólo llevaba su bolso. Yo, de forma inconsciente, eché una ojeada a mi alrededor para buscar un periódico o una revista para ocultar mi rostro y distraer mi ansiedad.

El vagón estaba escrupulosamente limpio. Pero alguien había abandonado una revista bajo el asiento frontero, ocupado por Sheila.

Vi el pico de la revista, me incliné y la tomé.
Lo primero que vi fue el rostro de Caroline Dorford.

CAPÍTULO XIV

Sheila advirtió mi sorpresa y vino a sentarse a mi lado.

La revista que tenía en mis manos tenía fecha de unos dos meses atrás —finales de febrero—, se llamaba *Pembine Gazette*, y sus editores eran Ward Ltd., de Pembine, estado de North Dakota, población situada a unos cuatro mil kilómetros de Los Ángeles.

El titular de la primera plana, bajo la foto de Caroline, decía:

«JANE LOMBARDI, CATORCE AÑOS,
DESAPARECIDA DEL CENTRO PARA
SUBNORMALES DE PEMBINE».

La noticia, ampliada en la página de sucesos, explicaba que Jane Lombardi, huérfana de padre y madre, había desaparecido del Centro para Subnormales de Pembine —una fundación estatal— el día 27 de febrero de 1977.

La niña, muy tranquila e inexpresiva, fue vista al atardecer, jugando en solitario con la nieve que cubría el jardín del centro, en un lugar muy próximo a la avenida que discurría al borde de las instalaciones de la institución.

Se hacían constar escrupulosamente sus señas personales, y se exhortaba a cualquier persona que la hubiera visto para que llamase urgentemente a la policía o a la propia institución para subnormales.

Nada más.

Pero la fotografía que Sheila y yo veíamos era la de Caroline Dorford, sin lugar a dudas.

—Así que no era su hija... —murmuré, pasmado de asombro. Sheila me miró con los ojos brillantes de entusiasmo.

—¿No era lo que siempre habías sospechado? —exclamó, muy excitada. El tren se puso en marcha.

Y yo tomé de la mano a Sheila y la arrastré fuera del compartimiento.

—¡Vamos! —grité—. Es necesario que bajemos del tren. ¡Ya no es necesario que sigamos huyendo!

Por fortuna, conseguimos llegar a la plataforma antes de que el expreso hubiera aumentado excesivamente su velocidad.

Apretaba vehementemente aquel número del *Pembine Gazette* contra mi pecho, como si fuera el más valioso tesoro del mundo.

Y para mí lo era, puesto que valía tanto como mi vida.

Saltamos al andén. Sheila estuvo a punto de rodar por el suelo, pero la sujeté fuerte y ambos corrimos hacia el paso subterráneo.

Cuatro hombres vinieron a nuestro encuentro.

Uno de ellos tenía los cabellos canosos, pero los tres restantes eran jóvenes y atléticos. Nos detuvimos en seco.

«¡Dios nos valga! —pensé—. Nos hemos caído».

Porque imaginé inmediatamente que se trataba de pistoleros al servicio de Glen Palmer.

Pero el hombre de los cabellos canosos era Elliot Borkman, el SAC[4] del FBI.

Yo tenía mi revólver en el bolsillo, pero no llegué a sacarlo.

¿Para qué...? Tenía el pasaporte para mi seguridad bajo mi chaqueta de *clergyman* y, por otra parte, ¿qué hubiera podido hacer contra cuatro policías bien entrenados...? Elliot Borkman fue el primero en aproximarse a nosotros, mientras sus tres jóvenes

G-Men

nos rodeaban, a algunos metros de distancia.

Borkman debió advertir la extrema tirantez de mis músculos faciales, porque me tendió la mano y dijo:

—Vamos, Martin. Le ruego que no vaya a hacer alguna tontería de la que posteriormente pudiera arrepentirse. Sé que está empuñando un arma dentro de su bolsillo. ¿Quiere entregármela?

Tras una leve indecisión, le entregué el revólver. Apretada contra mí, Sheila temblaba.

Al otro lado del hilo telefónico se oyó claramente la exclamación de sorpresa de Glen Palmer.

—¿Dónde estás? —preguntó, sobreponiéndose a la sorpresa.

—No voy a decir nada hasta que lleguemos a un acuerdo, Glen.

Tienes en tus manos la fotocopia de la portada del *Pem-bine Gazette*. La revista original está en mi poder. Te la entregaré a cambio de un millón de dólares —propuse.

—Es mucho dinero —respondió, tras una pausa—. Por otra parte...

—No va a valerte de mucho hacerme perder el tiempo, Glen. Yo sé que no puedo utilizar la revista como prueba de que la chica no era hija de Evelyn Dorford, porque... la policía me ametrallará en cuanto me vea. Tengo la posibilidad de huir a México y, posteriormente, a algún lugar más alejado que no voy a mencionar; para todo ello necesito dinero. Exactamente un millón de dólares.

—Pero...

—Estoy acorralado y tú lo sabes. Me has hundido. Has conseguido humillarme y entregarme a la furia desatada de los ciudadanos, e incluso has presionado a la ley. Déjame, al menos, huir. Dilo ahora mismo. O me entregas el millón de dólares o, de alguna forma, conseguiré perjudicarte —insistí.

—¿Dónde quieres que nos entrevistemos? No quiero hablar demasiado por teléfono —dijo.

—No temas. Hasta ahora no te has comprometido nada. Ni a mí me interesa. Sólo quiero... un millón de dólares.

Se sucedió otra pausa de varios segundos.

—¡Responde pronto o cortaré la comunicación! —grité—. No conseguirás que tus pistoleros encuentren la cabina desde la que estoy llamando.

—No se trata de eso —respondió Glen—. Llámame más tarde. A las nueve de la noche. No te entretendré. Sólo te daré una respuesta concreta.

Colgué.

A las nueve de la noche en punto volví a marcar el número del teléfono de Glen Palmer.

—Martin al habla. ¿Qué has decidido?

—Tengo el millón —respondió—. Estaré a las diez de la noche, en un «Cadillac» azul, en la estación de servicio Greenwood Palms, de San Jorge. No temas, iré solo. Me interesa recuperar ese número de la *Pem-bine Gazette*. ¿Cómo conseguiste hacerte con él?

—Sencillamente suerte, querido Glen. Nos encontraremos en Greenwood Palms. Pero no obtendrás nada si tratas de tenderme

una trampa —advertí.

—No me interesa dar publicidad al asunto. Estaré en el lugar citado a las diez en punto de la noche —prometió.

A las nueve y veinte me puse tras el volante de un «Rambler» gris y me dirigí, a buena velocidad, hacia San Jorge.

A las diez menos quince minutos detuve el automóvil al borde del bosquecillo de palmeras que daba su nombre a la estación de servicio.

Tenía mi revólver en el bolsillo. Pero el revólver no tenía balas. Elliot Borkman me las había quitado.

Vigilé atentamente durante ocho minutos.

En la estación de servicio penetraron varios camiones pesados, que cargaron combustible y prosiguieron su ruta.

Faltaban cuatro minutos para las diez cuando un gran capitoné de mudanzas penetró en la gasolinera.

Cargó gasolina y luego dio marcha atrás para evitar a un enorme camión estacionado ante él.

Pulsé el claxon al ver que el capitoné reculaba excesivamente hacía mi coche.

Y en aquel momento, el portón trasero del gran vehículo se abrió y cinco hombres armados de metralletas rodearon mi coche.

La luz de los focos de vapor de mercurio era muy buena, y en seguida reconocí a dos de ellos: eran los matones que habían montado guardia, durante muchos días, en el vestíbulo del edificio donde yo tuve mi despacho de detective.

Otros dos podían coincidir muy bien con la descripción que Sheila me había hecho de los individuos que la llevaron por la fuerza hasta la granja del Mojave.

Cuando quise reaccionar, uno de ellos había introducido el corto cañón de su peligrosa

«M-10»

y me conminaba a salir de mi automóvil.

—¡Afuera! ¡Rápido o disparo! Bajé.

A trompicones, a culatazos, me obligaron a subir al capitoné.

—¡Puerca jugada...! —rezongué.

Pero alguien me golpeó sañudamente en la espalda y opté por callar. Cuatro hombres saltaron al vehículo y el quinto cerró el portón.

Cuando conseguí alzarme del suelo, comprobé, estupefacto, que el capitoné no era sino una elemental imprenta móvil.

Había una pequeña máquina impresora, una plegadora e incluso una bancada con herramientas para fijar los clichés.

Así que, a pesar de todo, Palmer había afrontado de nuevo la peligrosa aventura de las publicaciones pornográficas, aunque ahora utilizando sistemas nuevos, insólitos, más seguros.

Pero ¿dónde estaba Palmer? No se encontraba en el interior de la imprenta móvil, ello era evidente.

Pero sí estaban sus cuatro matones, que me obligaron a desnudarme por completo y registraron concienzudamente mis ropas, tras lo cual me invitaron a vestirme y me derribaron al suelo, mientras uno de ellos me mantenía inmóvil mediante el brutal procedimiento de aplastar mi pecho con su pierna.

El capitoné se había puesto en marcha, y debía rodar a buena velocidad, según calculé. Tras veinte minutos de carrera, el vehículo comenzó a botar violentamente, señal de que había abandonado la carretera y se deslizaba sobre algún camino de piso irregular.

Al cabo, se detuvo.

Sonaron unos golpes en el portón trasero y uno de los pistoleros lo abrió. Un momento después tenía a Glen Palmer ante mí.

Me sacudió un puntapié en el costado, que me obligó a gritar de dolor, y rompió a reír a carcajadas.

—Pero ¡qué ingenuo eres, muchacho! —exclamó, hiriente, cuando pudo sofocar su destemplada risa—. ¿Cómo llegaste a creer que el astuto Glen Palmer iba a entregarte un millón por las buenas?

Puso un pie sobre mi rostro y me lo aplastó cruelmente.

—¡Alzadlo! —ordenó luego—. Quiero que Chad Martin pueda verme bien antes de morir.

Tenía mi número de la *Pembine Gazette* entre las manos —que yo había dejado en el «Rambler»— y lo destrozó en fragmentos con increíble furia.

Entre dos hombres me levantaron del piso y me izaron violentamente hasta dejarme caer sobre la bancada.

—Me has engañado. Como siempre —murmuré, colérico.

Volvió a reír estruendosamente.

—Podría estar engañándote durante toda la vida. Por desgracia

para ti, tu vida va a ser muy corta, Chad.

—No eres tan inteligente —chillé—. Yo supe en seguida que Evelyn Dorford sólo era una farsante.

—*Tú, sí* —respondió, triunfante—. Pero no tenías pruebas. Y yo las tenía todas contra ti.

—Dime una cosa. ¿Fuiste tú quien violó a Caroline, es decir, a Jane Lombardi? —pregunté, tenso.

—¿Por qué negarlo? —volvió a reír—. A mí siempre me han gustado las jovencitas, lo confieso. Mi inclinación me llevó a crear la pornografía con modelos juveniles e infantiles, que ha sido un éxito indescriptible. ¿Recuerdas a

Mary-Jane,

la hija de los Madison? Era una jovencita muy despierta e inteligente. Había visto una foto mía en una de mis revistas y me reconoció. Tuve que matarla; no podía exponerme a que me denunciase y arruinase mi negocio.

Escuchándole, sentí que el furor se desataba en mi corazón. Le hubiera estrangulado de buena gana, pero... estaban las metralletas de sus guardaespaldas.

Encendió un grueso habano y comenzó a mordisquearlo, muy nervioso.

Su rostro estaba brillante de sudor, sus facciones aparecían crispadas.

Lo comprendí en una décima de segundo; Glen Palmer era un psicópata, un maníaco, un enfermo peligroso.

—¿Qué hiciste con Evelyn Dorford? Supongo que la asesinaste —dije.

—Oh, no. ¿Por qué habría de hacerlo? Evelyn es mi mejor colaboradora. Es ella, con su aspecto maternal, la que se encarga de buscar a mis modelos infantiles... ¡Es tan convincente! Por supuesto, le aconsejé que se retirase durante algunos meses de la escena, en cuanto testificó en contra tuya en el Palacio de Justicia: Nunca hay que exponerse tontamente. Evelyn se encuentra ahora cómodamente instalada en mi ranchito de los alrededores de San Diego.

—Pero la policía puede sentirse curiosa al comprobar su desaparición. Es posible que indaguen, que la encuentren —insinué—. Si la interrogasen en condiciones extremas, Evelyn podría

confesar la verdad.

—¡No, no, no! —exclamó Glen, gesticulante—. Nunca me fío demasiado de las personas, ¿comprendes? Dos de mis hombres la vigilan constantemente y, en caso de peligro, la eliminarían sin dejar rastro. Pero ¡despreocúpate, Chad! No hay el menor peligro. En cualquier caso, siempre cuento con la protección del senador Welles. ¡Una baza decisiva!

Miré a Palmer con repulsión.

—Estás enfermo, Glen. Tu cerebro, diabólico, es como un volcán que puede estallar en cualquier momento. ¡Sólo eres un pobre loco...!

Glen se congestionó.

—¡No vuelvas a llamarme loco! —gritó con violencia. Y me derribó de un puñetazo en los labios.

Me limpié la sangre con el dorso de la mano.

—Tal vez no seas absolutamente responsable de tus crímenes, Glen —murmuré, torpemente, pues mis labios comenzaban a hincharse—. Pero fue horrendo secuestrar a una niña subnormal como Jane Lombardi. Porque Jane estaba condenada de antemano. Y todo ello por cumplir una sucia venganza...

Volvió a reír a carcajadas.

Y luego, súbitamente, quedó terriblemente serio, desencajado.

—Has vivido bastante, Chad —murmuró, tembloroso de ira—. ¡Matadlo!

Uno de sus pistoleros sacó un tubo silenciador del bolsillo y lo enroscó sobre el corto cañón de su «M-10».

Yo me encogí sobre la bancada.

Simultáneamente, se oyó un gran crujido y el portón posterior fue arrancado violentamente de sus goznes.

Un chorro de luz blanca penetró en el capitoné.

—¡No se muevan! —gritó una voz a través de un megáfono. Y reconocí a Elliot Borkman.

Palmer se demudó.

—¡Disparad, disparad, estúpidos! —rugió, dirigiéndose a sus pistoleros.

Pero ninguno de los cuatro jóvenes que empuñaban las metralletas le obedeció.

Por el contrario, uno tras otro fueron dejando caer sobre el piso de madera sus armas.

Entonces, Palmer se inclinó y recogió una
«M-10»
del suelo.

Se oyó un estampido y Glen cayó al suelo, con la rodilla derecha destrozada.

Borkman y sus
G-Men

ordenaron a los pistoleros que se arrojasen fuera del vehículo. Luego Borkman subió.

En el suelo, Glen Palmer se revolcaba y reía a carcajadas.

A pesar de todo, lo esposaron a la espalda y dos policías le sacaron del capitoné. Borkman me tendió un pañuelo blanco y limpio. Y yo me sequé los sangrantes labios y me deslicé hasta el suelo.

Me dolían las patadas de Palmer en el pecho, y los nervios ponían un leve estremecimiento en mi epidermis.

—No han ido mal las cosas —dijo Borkman. Y apoyó su mano derecha en mi hombro. Sonreí con dificultad.

—No han ido tan mal, no —respondí con torpeza—. Gracias a este curioso aparatito.

Me desprendí del cráneo el microemisor que los hombres de Borkman habían ocultado cuidadosamente entre mis espesos cabellos y se lo entregué al SAC.

—Y gracias a usted —dijo Elliot—. Sé que ha sufrido mucho y que su nombre ha sido desprestigiado. Pero le doy mi palabra de honor que los periódicos, la radio y la televisión volverán a hablar de usted mucho en los próximos días. Y esta vez en un tono muy diferente.

Descendimos del capitoné.

Yo buscaba ansiosamente entre los automóviles policiales y los agentes que se movían en las inmediaciones iluminados por potentes focos.

Vi a Sheila, que bajaba de un coche y corría locamente hacia mí.

Nos fundimos en un abrazo, y sus labios volvieron a quedar manchados por segunda vez. Pero ahora no importaba.

Borkman nos llevó hasta uno de sus coches, nos dejó

acomodados en su interior y agitó su mano en señal de saludo.

—Suerte, muchachos —dijo.

—Y audacia —murmuré yo. Y me quedé dormido entre los brazos de Sheila.

FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS.

NOTAS

[1] Cover-girls: modelos, chicas que posan para las revistas y publicaciones de actualidad. < <

[2] Suerte y Audacia, en inglés. < <

[3] Adelfa: arbusto de la familia de las apocináceas, de hojas anuales semejantes a las del laurel, pero menos lustrosas y más estrechas, y grupos de flores de color rosa, muy olorosas. Es venenoso, florece en verano, y abunda en el Mediodía de España, aunque las de flor doble suelen utilizarse como planta ornamental en las regiones templadas de todo el mundo. < <

[4] Special Agent Charged: Agente Especial Encargado. < <